

**Universidad Nacional Autónoma de México**

Facultad de Filosofía y Letras

Colegio Historia

***Más allá de Tomóchic:***

*Un vistazo histórico a las obras históricas de un bohemio porfirista.*

*(1870-1925)*

**Tesina**

**Que para obtener el grado de Licenciado en Historia.**

**Presenta:**

**Ricardo Said Rodríguez Gutiérrez**

**Asesora: Dra. Lucrecia Infante Vargas**

**México D.F.**

**2015**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Agradecimientos**

Por inicio de cuentas, tengo que agradecer a mi familia. Han sido en extremo pacientes con un servidor y su orientación y apoyo fueron primordiales para poder completar este trabajo. En especial tengo que extender los agradecimientos a mi tía Rosalba Rodríguez, quien nunca dejó de confiar en mí y siempre supo levantarme el ánimo a pesar de encontrarme por momentos derrotado anímicamente. Gracias por todo y mucho más.

También extendiendo los agradecimientos a mi asesora la Dra. Lucrecia Infante Vargas, quien pudo orientarme a pesar de mi negativa por momentos de hacerle caso. Sin su paciencia y esfuerzo hacia mi persona hubiera sido un fracaso la tesina.

A Adriana Mercado, quien ha sido un baluarte de apoyo y cariño incondicional y que, a pesar de los tropezones, supo sacar lo mejor de mí y escuchar atentamente mis peroratas acerca de este proyecto.

A mis sinodales que hicieron las correcciones pertinentes y dieron una orientación definitiva al trabajo, les extiendo mis más sinceros agradecimientos. Eso sí, una disculpa si me tardé demasiado en hacerles caso.

A Arely Checa por su complicidad y apoyo en cuestiones laborales, académicas y personales. A Víctor por ser un buen amigo que siempre supo escuchar y mofarse de mi trabajo, todo con una intención constructiva y sincera. A los amigos que se fueron y que ya no están y que de alguna manera influyeron en el resultado final.

Y a los que se me olvide mencionar una disculpa por la omisión, pero que sepan que sin ellos, esto no sería posible.

*Early man walked away as modern man took control  
Their minds weren't all the same, to conquer was his big goal.  
So he built his great empire and slaughtered his own kind.  
Then he died a confused man, killed himself with his own mind.  
We're only gonna die from our own arrogance.*

*Traducción al español por Ricardo Rodríguez*

*El hombre primitivo se fue mientras el hombre moderno tomó el control.  
Sus mentes no eran las mismas, la conquista era su objetivo.  
Así que construyó su gran imperio y masacró a su propia especie.  
Y murió un hombre confundido, se suicidó con su propia mente.  
Moriremos por nuestra propia arrogancia.*

Bad Religion. "We're Only Gonna Die" en *How could hell be any worse?* 1981

## Índice

Introducción:	P.5
Capítulo 1. Vida y obra de un bohemio porfirista. Perfil biográfico de Heriberto Frías.	
1.1 Su vida durante el Porfiriato.	P.8
1.2 La Revolución Mexicana. Desempeño de Frías.	P.18
1.3 Sus últimos años en el México Post revolucionario.	P.21
Capítulo 2: El “bajo mundo” en las novelas de Frías	
2.1 La vida militar en Tomóchic.	P.24
2.2 Alcoholismo y drogadicción: una vida bohemia.	P.31
2.3 Prostitución.	P.39
2.4 La Cárcel de Belem.	P. 42
Capítulo 3: Reflejo social	
3.1 Un vistazo a la ciudad y sus habitantes.	P.51
3.2 Un pequeño vistazo al entorno urbano.	P.55
Conclusiones.	P.60
Bibliografía.	P.63

## Introducción.

¿Quién fue Heriberto Frías? Aun cuando una calle lleva su nombre en las colonias Del Valle y Narvarte de la Ciudad de México, muchos ignoran que se trató de un escritor de finales del siglo XIX y principios del XX, cuyo legado literario tiene un gran valor histórico.

¿Por qué dar un vistazo histórico a sus obras? Porque en las múltiples frases, pensamientos, retratos de auténticas recreaciones de la ciudad que dejó en sus novelas y dramas, encontramos una fuente histórica que se puede corroborar por medio de las biografías de James W. Brown –siendo el académico que más estudió la vida de Frías-, que data de 1979, así como la realizada por María Elena Allera de Morris, de 1954, aunque ambas presentan el inconveniente de su lejana fecha de publicación respecto a la actualidad. De igual manera, Antonio Saborit realizó *Los doblados de Tomóchic*, fechada en el año 2010 en su más reciente edición, donde estudia la obra más famosa del autor que aquí estudio.

La problemática que plantea la ausencia de estudios históricos sobre Frías comenzó a llamar mi atención desde el seminario que tuve con la Doctora Georgette José Valenzuela, quien empezó a orientarme para poder conseguir la información necesaria. También las tertulias con los colegas de la Facultad –en especial con Saúl Jaimes- me llevaron a encontrar el valiosísimo libro titulado *Guía de Narradores de la Revolución Mexicana*, de Max Aub, quien menciona sus obras y da una descripción de él que resulta acertada:

Su obra, autobiográfica, es característica de la pobreza en la que vivió: Periodista, trabajador incansable, idealista, amigo de la verdad y la justicia; sus héroes envejecen a su propia medida hasta parecer como un viejo grueso, miope, mustios los ideales de su Juventud, por la experiencia que le hizo comprender que no siempre triunfa la bondad ni la justicia.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Max Aub. *Guía de Narradores de la Revolución Mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica. 1985, p. 32. 143 p.

A partir de este dato y de la consulta de las biografías que se han mencionado, la búsqueda de fuentes resultó casi interminable. Entre las obras más importantes de Frías que encontré están: *Tomóchic* (1893), *El Triunfo de Sancho Panza*(1911) y *Misérias de México* (1916); además de obras complementarias como *Crónicas desde la cárcel*(1897), *Los Piratas del Boulevard*(1915) y *El último duelo* (1896).

Sobre el conflicto de Tomóchic, podemos encontrar una referencia en el artículo de Pedro Salmerón “La Rebelión de Tomóchic”, que se publicó en la revista *Relatos e Historias en México* donde menciona que “en 1893 el remoto poblacho alcanzó fama nacional por culpa de un tal Heriberto Frías Alcocer [...] quien entre el 14 de marzo y el 14 de abril publicó en las páginas de *El Demócrata* [...] un texto que relataba, desde la perspectiva del traumatizado oficial, el exterminio de los hombres de aquel pueblo a manos del Ejército Federal”<sup>2</sup>. De igual manera, hay referidas tres obras de corte histórico en la bibliografía que incluyo y aunque mencionan a Frías como parte de la investigación, no son parte del argumento central y no analizan más allá de la novela. En cambio, Antonio Saborit ahonda un poco más en la vida del autor, pero sin llegar más allá del suceso que se menciona, sirviendo no obstante como fuente biográfica para esta investigación.

Los capítulos que forman este trabajo son el resultado de una división temática que sigue el estilo de vida tan peculiar del autor. El primero lo elaboré pensando en la necesidad de explicar lo más posible su vida, así como su entorno. El segundo capítulo llamado “El bajo mundo” se divide en cuatro subcapítulos debido a la gran cantidad de ejemplos que se pueden extraer de las vivencias del autor. Se menciona la vida militar por la etapa de Frías como parte del ejército porfiriano, una muestra de la convivencia entre los soldados y sus oficiales, así como de los vicios que tenían.

La prostitución es otro tema a desarrollar porque el autor no deja pasar detalle de esta dura y cruda realidad de las mujeres, que venden su cuerpo para sobrevivir. El apartado del alcoholismo y la drogadicción pareciera por momentos una autobiografía del autor pero, más allá de eso, se encuentran imágenes acerca de la autodestrucción

---

<sup>2</sup> Pedro Salmerón. “La Rebelión de Tomóchic. Chihuahua, 1892” en *Relatos e Historias en México*. Editorial Raíces. Año IV, número 37, sept. 2011, p. 67-72

que vivían las personas más pobres de la sociedad porfiriana al caer presas de los vicios narcóticos y etílicos, imagen de la ciudad de México que muestra otra cara de la metrópoli y su historia más oscura. El contenido que integra el subcapítulo de la vida en la cárcel resulta revelador, pues abre una ventana a la vida de la famosa cárcel de Belem, cuyos internos padecieron cualquier cantidad de desventuras, asesinatos y amores pasionales, que Frías relata con su peculiar estilo y sin omitir detalle alguno, dado que él fue un recluso y obtenía las historias de primera mano.

El tercer apartado se titula "Reflejo Social" y se dividió en dos subcapítulos que abarcan las temáticas de los habitantes de la capital, sus calles y un pequeño vistazo a Mazatlán. En el primero se muestra su visión la sociedad en la que vivió, a través de los usos y costumbres y las distintas clases sociales. El segundo es el reflejo urbano en sus obras, tratado en una forma menor por no responder a los objetivos de esta tesina. El apartado final expone las conclusiones del trabajo en relación al aporte de Frías a la historia de México.

## **Capítulo 1. Vida y obra de un bohemio porfirista. Perfil biográfico de Heriberto Frías.**

### **1.1 Su vida durante el Porfiriato.**

La vida de Frías no fue ajena a la realidad que lo rodeó. Para entenderlo a plenitud, hay que ubicarlo como un hombre surgido durante el Porfiriato, quien vivió también parte de la Revolución Mexicana.

Heriberto Frías Alcocer nació el 15 de marzo de 1870, en la ciudad de Querétaro, capital del estado del mismo nombre, siendo sus padres Antonio Frías y su madre Dolores Alcocer. Los primeros años de su vida fueron de una gran turbulencia para México, con la muerte de Juárez en 1872 y las revueltas de La Noria en 1871 y de Tuxtepec en 1876, ambas encabezadas por un personaje que definiría la biografía de nuestro autor: Porfirio Díaz.

Este último empezó su largo mandato de 1877 a 1880 tras obtener la victoria frente a Sebastián Lerdo de Tejada en su segunda rebelión, sucediéndole en la presidencia su compadre Manuel González.<sup>3</sup> quien quiso seguir la política de conciliación que ejerció Díaz, así como buscar una estabilidad económica y fomentar el desarrollo, facilitando el establecimiento de nuevos bancos, como el Banco Nacional de México que hasta nuestros días pervive<sup>4</sup>. Sin embargo, tuvo dos grandes errores en su gestión: “Por un lado, con el fin de aliviar la escasez de moneda fraccionaria, lanzó una moneda de níquel [...]”<sup>5</sup> El segundo grave error fue negociar de manera secreta la llamada deuda inglesa, porque las finanzas públicas estaban urgidas de dinero debido a la crisis antes mencionada:

El hecho provocó reacciones muy negativas no sólo porque se filtró a la prensa antes de que el gobierno lo hiciera público, sino porque la negociación comprendía solamente una parte de la deuda nacional y porque los términos del acuerdo eran muy desventajosos, lo cual despertaba sospechas de corrupción. Aunque la moneda de níquel se retiró y el pago de la deuda no se reanudó, ambos

---

<sup>3</sup> Sandra Kuntz y Elisa Speckman, “El Porfiriato” en *Nueva Historia General de México*. México: El Colegio de México. 2010. P. 490. 818 p.

<sup>4</sup> Daniel Cosío Villegas. *Historia Moderna de México*. 4ª edición. V. 3. México: Hermes. 1984, p. 220. 557 p.

<sup>5</sup>*Ibid.*, p. 490

acontecimientos desprestigiaron la gestión gonzalista y prepararon el regreso del general Díaz, quien retornó a la presidencia gracias a su reelección no consecutiva en diciembre de 1884.<sup>6</sup>

Sobra mencionar que Díaz no abandonaría la presidencia sino hasta 1911, gobernando de manera ininterrumpida, aunque eso sí, elegido para cada periodo de la manera más democrática posible. Cabe destacar que aun cuando la milicia le ayudó a llegar al poder, no le mantuvo en ocio, sino que buscó darle utilidad en una zona que en el futuro sería de suma importancia: el norte del país, “[...] pues mientras una parte del ejército combatía las sediciones de índole política, otra hacía la guerra a los indios desobedientes. Entre 1878 y 1883 los periódicos dieron cuenta día tras día, de las correrías apaches por los estados fronterizos. Los bárbaros verdaderamente lo eran, y quienes se encargaron de combatirlos [...]”<sup>7</sup>

Mientras tanto, se podría decir que la vida de Heriberto Frías no tuvo grandes contratiempos hasta 1884, cuando la familia Frías Alcocer tuvo que mudarse a la Ciudad de México debido a la enfermedad –aparentemente desconocida- y muerte de don Antonio Frías en ese mismo año. La autora de *La escritura enjuiciada. Heriberto Frías* especula que acaso debido al pasado lerdista del finado no pudo encontrar ayuda en la Ciudad de México para su condición y poder mantener a su familia,<sup>8</sup> pero no hay datos contundentes que puedan corroborar dicha aseveración.

Heriberto ingresó al siguiente año a la Escuela Nacional Preparatoria con la expectativa de poder estudiar y convertirse a la postre en profesionista, pero tuvo graves dificultades económicas, por lo que debió trabajar durante el día y leer en las noches, lo cual le provocó una conjuntivitis que lo afectó el resto de su vida.<sup>9</sup>

Su primer acto de “protesta” contra el gobierno fue arrojar frutas podridas a los carruajes de los diputados, lo cual no tuvo mayores repercusiones legales. Lo que

---

<sup>6</sup> Kuntz, Speckman, *Op. Cit.*, pp. 490-491

<sup>7</sup> Luis González y González. “El liberalismo triunfante” en Cosío Villegas Daniel, *et. Al., Historia General de México. Versión 2000*. México: El Colegio de México, 2008. P. 660, 1103 p.

<sup>8</sup> Georgina García Gutiérrez. *La escritura enjuiciada. Heriberto Frías*. México: FCE, Fundación de Letras Mexicanas, Instituto de Investigaciones Filológicas. UNAM. 2008P. 14

<sup>9</sup> James Willard Brown. *The life and Works of Heriberto Frías*. Indiana University, Ph. D., 1967. Language and literature, modern. University microfilms, Inc., Ann Arbor, Michigan. P. 16. 199 p. Traducido del original en inglés por el autor de esta tesina.

pretendía con ello era proclamarse “liberal”, mote que parecía haber perdido valor en aquellos años aunque en términos estrictos, el régimen era liberal.<sup>10</sup>

Su familia pronto se quedó sin dinero por ayudarlo a seguir sus estudios en la preparatoria, por lo que debió abandonarlos. Empezó a llevar un modo de vida que podría denominarse de bohemia, aunado a su costumbre de beber ingentes cantidades de pulque e incluso se hizo amante de su casera, quien terminó por abandonarlo.<sup>11</sup> En medio de su destructivo actuar robó cinco pesos, delito por el cual fue llevado a la prisión de Belem, también conocida como La Galera de los Pericos<sup>12</sup>, donde “conoció la mariguana y la apuesta”.<sup>13</sup> Saber leer y escribir le ayudó a sobrellevar su estancia de ocho meses en la cárcel, con lo que se ganó el respeto de los reclusos e incluso de los guardias.

Como tenía antecedentes penales no pudo continuar con sus estudios, pero un amigo de su padre le ayudó a entrar en el Colegio Militar el 28 de diciembre de 1887 a la edad de 17 años<sup>14</sup>. Aun siendo tan joven, ya tenía detrás de sí una vida bastante agitada y sórdida. Su estancia en el instituto castrense no estuvo exenta de inconvenientes, pues quedó en evidencia su pobre visión –producto de sus noches de lectura a la luz de una vela-, así como su timidez y, como complemento sus calificaciones no fueron destacadas.

Nunca pudo encajar bien en este ambiente. Era ridiculizado constantemente por sus compañeros, sobre todo por los de clase alta, que menospreciaban sus limitadísimas habilidades y lo humillaban por su origen, aun cuando él era parte del instituto.<sup>15</sup> El joven cadete Frías mantuvo su excesivo consumo de alcohol, deteriorando significativamente su salud, al grado de ser internado en el Hospital Juárez con un severo cuadro de tifoidea.

---

<sup>10</sup> González, *Op. Cit.*, pp. 701-705

<sup>11</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 92

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 93. No he encontrado una referencia más acertada de lo que fue La Galera de los Pericos o su significado.

<sup>13</sup> *Ibid.* p. 19.

<sup>14</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 20

<sup>15</sup> Kuntz, Speckman, *Op. Cit.*, p. 498.

Al año de estar en la Academia Militar, recibió el grado de subteniente del noveno batallón de infantería, el 16 de enero de 1889.<sup>16</sup> Casi cuatro años después, el 3 de octubre de 1892, se dirigió con su compañía hacia Tomóchic, poblado ubicado en el estado de Chihuahua.<sup>17</sup> Ahí participó en la batalla para reprimir a los habitantes del lugar, destruyendo virtualmente a la comunidad. Frías fue testigo y protagonista de esta guerra y el combate le resultó contrario a sus ideales de gloria por las armas:

Miguel ante aquel caos, vibró en lo íntimo un arranque de suprema indignación y culpa. ¡Ah! ¡Conque así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era ésa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas históricas!<sup>18</sup>

El 12 de noviembre del mismo año y tras la batalla, recibió el grado de teniente por su participación. No obstante, sufrió un gran remordimiento por sus actos en el pueblo de Tomóchic y una gran pena por la muerte de su amigo Eduardo Molina en ella, lo cual lo sumergió en una gran depresión que buscó mitigar con el pulque. Resulta lógico pensar que como oficial dejara muchísimo que desear, pues sus borracheras eran vistas y reprendidas por sus compañeros y soldados al mando. Se enfermó a raíz de esto, pero una compasiva soldadera llamada Concepción Montejo o “Concha” le atendió y le animó a dejar de beber.

Contrario a lo que podemos pensar, y lo que demostró la batalla de Tomóchic, el ejército federal no era tan fuerte y ni estaba tan bien instruido como se suponía. En realidad, “[...] era pequeño y se encontraba pobremente armado para los estándares internacionales.”<sup>19</sup> Frías aludió en su obra a la fragilidad de la institución castrense:

[...] Por un momento el subteniente intentó imaginarse lo que hubiera sido en Chihuahua, en Sonora, en la República entera el contagio de la locura de Tomóchic por toda la Sierra Madre, a norte y sur [...] ¡Cuánta sangre inútil entonces, qué catástrofe nacional aprovechada por las ambiciones, por las sordideces, por los bandidos hipócritas, por los bandidos que habían trocado el

---

<sup>16</sup> James W. Brown. “Prólogo”, p. X en Heriberto Frías, *Tomóchic*. Prólogo y notas de James W. Brown. 13ª edición. México: Porrúa, 2004. 208 p. (Sepan Cuántos)

<sup>17</sup> Heriberto Frías. *El Triunfo de Sancho Panza (Mazatlán) continuación de Tomóchic. Miserias de México*. Introducción Adriana Sandoval. México: Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes (CONACULTA), 2004. 335 p. Cuarta serie Lecturas Mexicanas. P. 207

<sup>18</sup> Frías, *Tomóchic...*, p. 85

<sup>19</sup> Kuntz, Speckman, *Op. Cit.*, pp. 497-498

sombrero “chilapeño” de los “pronunciamientos” en los caminos sospechosos, por el “clac” de los banquetes de los próceres! [...]”<sup>20</sup>

Pasaron las semanas. Cuando Frías leyó un artículo de periódico<sup>21</sup> describiendo las acciones ocurridas en Tomóchic, se dio cuenta de “[...] que los hechos del evento estaban distorsionados, [por lo que] le escribió un relatado recuento de sus experiencias a Joaquín Clausell, editor del beligerante periódico de oposición de la Ciudad de México, *El Demócrata*.”<sup>22</sup> Éste leyó el texto, lo publicó en su periódico en forma de novela, aunque sin saber que eso implicaría una tormenta para el joven teniente:

El domingo 16 de abril de 1893, a media tarde, el gobernador del estado de Chihuahua, coronel Miguel Ahumada, llamó a la puerta del domicilio de Heriberto Frías en Las Quintas. Su intención era catear y llevarse consigo todos los papeles que encontrara de Frías, Teniente del Noveno Batallón –y Concepción Montijo, la única persona en casa a esa hora, oyó sin entender una palabra al ayudante del gobernador. (Sic)<sup>23</sup>

De acuerdo con Frías, Concepción, su pareja, ocultó la carta que le había enviado Clausell en una canasta de ropa sucia y dramatizando el hecho de que los soldados no podían rebajar su dignidad de mujer, lo que impidió la búsqueda exhaustiva de los documentos. Al irse los ya mencionados de la casa, Concepción quemó apresuradamente la carta.<sup>24</sup> Gracias a esto, Frías se libró de un fusilamiento inmediato pero sí hubo un proceso legal y cargos en su contra, entre los cuales destacan “[...] revelar secretos militares, dar falsa alarma, insubordinación y por haber vertido especies de las que causan tibieza o desagrado en el servicio.”<sup>25</sup> Todos estos cargos podían ser castigados con la pena de muerte.

---

<sup>20</sup> Frías, *Tomóchic...*, p. 191

<sup>21</sup> Frías. *Triunfo de...*, pp. 112-113

<sup>22</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 23

<sup>23</sup> Antonio Saborit. *Los Doblados de Tomóchic. Un episodio de historia y literatura*. 2ª edición. México: Cal y Arena. 2010. P. 44. 428 p.

<sup>24</sup> Frías. *Triunfo de...*, pp. 124-126

<sup>25</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 24

Mariano Azuela se refiere a este texto en *Cien años de Novela Mexicana*<sup>26</sup>, donde manifiesta su simpatía por nuestro autor así como un análisis del por qué Frías estuvo a punto de morir:

La lectura de "Tomochic" demuestra que no le faltó razón al viejo dictador para alarmarse: la novela es la exhibición verídica de horribles lacras de aquella administración que tanto presumía de culta en el mundo. Ingenuo e inexperimentado, el joven novelista creyó fácil engañar al todo poderoso gobernante, ocultando sus mañosas intenciones con muchos viva Porfirio Díaz y otros alardes de porfirismo. El viejo zorro tuvo siempre muy finas narices y no toleró jamás ataques a su gobierno. Esto disculpa cierto tono servil del novelista en su obra, muy propio de aquella época; pues sin él nunca habríamos tenido "Tomochic". Objetivo, como verdadero novelista, Frías relaja franca y llanamente lo que vieron sus ojos y sus sentidos captaron.<sup>27</sup>

Cabe decir que Clausell no se libró tampoco de la cárcel e incluso fue interrogado por la obra de *Tomóchic*, ya que contenía información que desprestigiaba profundamente al régimen de Díaz. Curiosamente el juicio contra Frías no fue por su posible autoría de *Tomóchic*, sino porque proporcionó información militar secreta a Clausell para que éste escribiera la novela. Pero como por este hecho podía ser ejecutado, el periodista negó toda implicación de nuestro autor en la redacción de la novela.

Pero aún había una prueba de que Frías sí había escrito el texto en las oficinas de El Demócrata. Una vez más fue salvado por una oportuna intervención de un empleado del periódico llamado Adalberto Concha, quien destruyó tan fatídica información, para tranquilidad de Frías y Clausell.<sup>28</sup>

Al final del juicio, el 22 de agosto de 1883, Frías fue absuelto de los cargos en su contra,<sup>29</sup> aunque desgraciadamente para él "[...] el éxito de su causa le costó el rango junto con los sesenta pesos mensuales que le correspondían como teniente del Ejército Federal, pues a fines de agosto el mismo Porfirio Díaz dispuso que causara

---

<sup>26</sup> Mariano Azuela. *Cien años de Novela Mexicana*. México: Editorial Botas. 1947, p. 210. 226 p.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 215. Aclaro que la tilde a Tomóchic depende de cada quién, pues la he visto con y sin acento, pues al ser una palabra de origen indígena es difícil determinar si es correcto o incorrecto. Opto por usarla tildada para cuando escriba, no cuando cite si no la veo.

<sup>28</sup> Brown. "Prólogo" P. X en Frías, *Tomóchic...* Todo este evento viene explicado en el prólogo de la novela mencionada, en la biografía que se citó anteriormente del mismo autor pp. 25-26, así como en "Clausell antes de Clausell", de Antonio Saborit, en *El Pintor en el Paisaje. Joaquín Clausell*. México: INBA, 2008. Pp.23-30, 93 p.

<sup>29</sup> Saborit. *Los Doblados...* , Pp. 233-237

baja y se le expidiera licencia de patente absoluta.”<sup>30</sup> Encontró un trabajo menor en *El Porvenir de Chihuahua*, pero pronto el gobernador Ahumada le pidió expresamente que se fuera del estado, cosa que no dudó en hacer y partió junto con Concepción hacia la Ciudad de México.<sup>31</sup>

Desgraciadamente, las expectativas<sup>32</sup> de recibimiento glorioso por sus camaradas periodistas se vieron pronto destruidas por la realidad, ya que no fue tan bien recibido como esperaba tras la publicación de *Tomóchic*<sup>33</sup> y en 1894 tuvo que conformarse con ser un periodista de muy poca paga, haciendo reportajes de la ciudad de México, con un relativo bajo perfil.

En 1895 empezó a escribir de nuevo, publicando un par de poemas en el periódico literario llamado *El Siglo XIX*. Es en ese mismo año que se unió a *El Demócrata*, recién reabierto y con otro editor llamado José Ferrell, y aquí sí fue recibido como él quería, con los brazos abiertos y visto casi como un niño prodigio<sup>34</sup> por su obra *Tomóchic*. De hecho, es en este año que, por encubrir a su amigo antes mencionado, tuvo que ir a la cárcel de Belem. <sup>35</sup>Encajó bien –tal vez demasiado bien- dentro del grupo de periodistas que formaban el equipo del periódico. Bohemios, opositores, polémicos y muy dispuestos siempre a estar envueltos entre humos de cigarrillos, tinta e ingentes cantidades de pulque, situación que encantaba a Heriberto:

En la redacción de La Voz del Trabajo había juerga constante y muy especialmente los sábados y los lunes, no faltando jamás un cubito de pulque, comprado a escote o jugado en porra entre redactores y cajistas. Y sobre la tabla que entre dos bancos servía de mesa, jarros alternaban con tinteros, enchiladas con papeles, y había en cazuelas frijoles para los tacos y engrudo para las noticias, oliendo todo aquello a cebolla cruda, tinta de imprenta y amoniaco.<sup>36</sup>

---

<sup>30</sup>*Ibid.*, p. 239

<sup>31</sup> Brown, “Prólogo” en Frías, *Tomóchic...*, p. XII

<sup>32</sup> Frías, *Triunfo de...*, pp. 217-218

<sup>33</sup> Brown, “Prólogo” en Frías, *Tomóchic...*, p. XII

<sup>34</sup> Brown, *Op. Cit.*, pp. 27-28

<sup>35</sup> Heriberto Frías. Recopilación y nota introductoria: Antonio Saborit. 2° edición. *Crónicas desde la Cárcel*. México: Breve Fondo Editorial. 1997. P 13. 106 p

<sup>36</sup> Frías. *Triunfo de...*, p. 218

Su salud de nueva cuenta se resintió por las continuas borracheras con sus compañeros del periódico, llegando incluso Ferrell mismo a enviarlo a la cárcel por el estado de ebriedad en que lo encontraba. Sin embargo, fue en esta época cuando publicó *Los Naufragios*, que apareció bajo el nombre de *El Amor de las Sirenas* (1895) Un año después publica otra obra: *El Último Duelo*. “Se inspira para escribirla en el famoso duelo Verástegui-Romero. La primera edición se hizo en México y la segunda en Mazatlán, en 1907. Esta segunda edición está dedicada a José Ferrell, en homenaje a su insigne talento y a su tenaz carácter.”<sup>37</sup>

Los tres años siguientes fueron una muestra de la personalidad destructiva de Frías, aunque también escribió de manera más frecuente. Su adicción por el alcohol fue sustituida por una peor, el uso de la morfina, haciendo que su salud de por sí muy delicada, se tambaleara y quedara al cuidado nuevamente de una mujer. Esta vez no fue Concepción, sino una viuda llamada Antonia Figueroa, a quien le pidió matrimonio. Ella, que ya había vivido una mala experiencia con su anterior pareja, condicionó la relación a que tratara sus vicios, lo cual resultó en un aliciente para internarse en un sanatorio, ya que en ese entonces no había clínicas de rehabilitación propiamente dichas.

¿Cómo combatir al monstruo de morfismo? Fuese derecho a la casa de un alto jefe militar, que le quería por su literatura marcial y sincera, y le pidió recomendación para ser admitido en el Hospital Militar. Se la dio y allá, como quien saca de una viscera el puñal envenenado le arrancaron, a riesgo de matarlo, el hábito de la morfina. [...] Pero dos meses después, Miguel estaba sano y salvo, dispuesto a trabajar en la obra de ser el sostén de la pobre viuda y a que aquella le sostuviese a su vez [...] –Ahora sí- dijo ella, y una triste tarde, allá, en la humilde casucha donde radicaba la oficina del Registro Civil de Tacuba, Miguel y Fina legitimaron tranquilamente su amor.<sup>38</sup>

Son estos los años de esplendor del Porfiriato -1896-1900-, de su cenit económico y político. Podría decirse que en ese momento “[...] la opinión pública apoyó vigorosamente al gran constructor de la nación, por más que el absolutismo la

---

<sup>37</sup> María Elena Allera de Morris. “Heriberto Frías”. Tesis de maestría en Letras. UNAM. 1951, p. 37. 84 p.

<sup>38</sup> Frías. *Triunfo de...*, p. 228

impacientara.”<sup>39</sup> Sin embargo, aun cuando hubo un gran crecimiento económico durante el régimen, el bienestar “[...] alcanzó a poquísimos y a costa del bien de las mayorías. La superioridad y la riqueza de algunos se basó en la inferioridad y pobreza de otros”.<sup>40</sup>

La opinión pública no interesaba tanto al hombre fuerte de la nación, pues tenía el apoyo de las principales fuerzas de poder en el país- empresarios, Iglesia, ejército- e incluso, del extranjero. Por si fuera poco, ya en 1890 Francisco Bulnes afirmaba que “El buen dictador” –obviamente Díaz – “[...] es un animal tan raro que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder sino la vida.”<sup>41</sup> Así de notable era el aprecio hacia el general en la década de 1890.

Desgraciadamente Frías no compartía esta simpatía por el dictador, y él a su vez no era querido en el medio periodístico, pues ya se había hecho de una reputación no muy agradable, entiéndase, de alcohólico y drogadicto, impidiéndole conseguir un trabajo bien remunerado y estable. Por ello, en 1897<sup>42</sup> accedió a trabajar en el periódico oficial del Porfiriato: *El Imparcial*. También intentó congraciarse con Porfirio Díaz y Bernardo Reyes tras el incidente de *Tomóchic*, dedicándoles *Episodios Militares Mexicanos* en 1901, que no tuvo gran difusión.<sup>43</sup>

En 1903 trató de enlistarse nuevamente en el ejército, pero su pobre vista no se lo permitió. Cuando su esposa Antonia enfermó de gravedad<sup>44</sup>, quiso escribir teatro. Para su mala fortuna, ni siquiera pudo estrenar una obra duradera en el escenario, siendo *El Caimán* la única que se llevó a cabo. Fue un fracaso rotundo<sup>45</sup>, por lo que decidió partir a Mazatlán con su familia, donde en 1906 trabajó como editor en *El Correo de la Tarde*. En este momento de su vida se podría hablar de que empezó a dejar de lado su vida bohemia y destructiva para buscar pasar más tiempo con los

---

<sup>39</sup> Emilio Rabasa. *La Evolución Histórica de México*. 4ª edición. México: Coordinación de Humanidades UNM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1986. P. 159. 361 p- Biblioteca Mexicana de escritos políticos.

<sup>40</sup> González y González. *Op. Cit.*, p. 681

<sup>41</sup> Enrique Krauze. *Siglo de los caudillos. Biografía Política de México (1810-1910)*. México: Tusquets editores. 2009, p. 306. 347 p. Colección Maxi Tusquets.

<sup>42</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 30

<sup>43</sup> Frías, *Triunfo de...*, p. 229

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 260

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 266-275

suyos, además de que disfrutaba su trabajo en el periódico y se volvió un claro opositor al régimen porfiriano. Como dato adicional, aquí conoció a la que sería su futura esposa, Áurea Delgado.<sup>46</sup>

Díaz, por otra parte, llevó a cabo un acto que ha sido considerado determinante en el futuro de México: la entrevista concedida a James Creelman en 1908, donde sugirió que el país estaba listo para una transición democrática y que él no se presentaría a las elecciones de 1910, declaración que agitó sobre manera el entorno nacional, pues anunciaba la realización de elecciones libres, según las propias palabras del general.

Frías se enredó por entonces en la vida política, situación en la que vivió los años siguientes. José Ferrell, ex director del diario *El Demócrata* y su amigo, se postuló a la gubernatura de Sinaloa en 1909 contra el candidato oficial, Diego Redo. Él le redactó la mayoría de los discursos, impresionó al mismísimo Francisco I. Madero, pero la elección resultó fraudulenta, por lo cual tuvo que huir de Mazatlán hacia la Ciudad de México de nueva cuenta.<sup>47</sup>

Frías se tornó un simpatizante incondicional de Madero, atacando en *El Constitucional* con mayor ferocidad al gobierno de Díaz, aprovechando que en 1910 se festejaba el Centenario de la Independencia y los grandes eventos que lo estaban acompañando. Incluso se burló abiertamente del hundimiento del Palacio de Bellas Artes sin ser inaugurado aún, comparándolo con el hundimiento del régimen porfirista.<sup>48</sup>

Lamentablemente el 10 de junio de 1910 su esposa Antonia murió en su casa de Tacuba. Su amigo Rafael Martínez, editor del periódico donde laboraba Frías en ese momento, le dedicó una editorial señalando que ella siempre apoyó a su esposo en estos años tan difíciles. Tuvo una pausa en su trabajo crítico a Díaz, hasta el 4 de agosto cuando empezó a atacar a Justo Sierra por su apego al régimen, e incluso por la fundación de la Universidad Nacional.<sup>49</sup> Afortunadamente a él no lo encarcelaron,

---

<sup>46</sup> Brown, *Op. Cit.*, pp. 32-33

<sup>47</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 34

<sup>48</sup> *Ibid*, p. 36

<sup>49</sup> *Ibid.*, pp. 35-36

pero a su compañero editor sí, por lo que tomó la jefatura de *El Constitucional*, atacando con constancia al régimen y viendo el fin inminente de éste.

En un movimiento un tanto aventurado, Frías proclamó al periódico como el “oficial” del Partido Anti reeleccionista de Madero, publicando los discursos de éste e incluso vendió el libro de Madero: *La Sucesión Presidencial*, como parte de una promoción del periódico. Cabe señalar que el entonces candidato de oposición reconocería el aporte de Frías y lo mencionaría dentro de su texto como el autor de *Tomóchic*:

La nación nunca supo la verdadera causa de esa guerra pero [...] un valiente y pundonoroso oficial, pensador, escritor notable, indignado de las torpezas de sus superiores y por las infamias que les hicieron cometer llevándoles a exterminar a sus hermanos, escribe un bellissimo libro denunciando esos atentados; pero la voz varonil nunca es grata a los déspotas de la tierra y ese oficial pundonoroso fue dado de baja y procesado.<sup>50</sup>

Frías aprovechó que era el editor y lo usó para su propio beneficio, publicando sus propias obras, tales como *Los Episodios Militares Mexicanos*, *Los Piratas del Boulevard* y *El Triunfo de Sancho Panza*.<sup>51</sup>

Tras la presión del régimen porfirista, se aprehendió a Madero, quien se fugó y publicó el Plan de San Luis. Mientras tanto, Frías se casó de nuevo el 30 de octubre de 1910 con Áurea Delgado en una boda civil y días después religiosa, la cual fue presenciada por su hermana y su cuñado.

## **1.2 La Revolución Mexicana. Desempeño de Frías.**

Pese a las dificultades políticas, los festejos del Centenario no se hicieron esperar en el país:

[...] Díaz presidió la apoteosis de los héroes y la suya propia. Y no se habían apagado aún las luces de bengalas ni había callado la música y la cohetería, cuando de pronto, como en una súbita erupción volcánica de los pasados

---

<sup>50</sup> Francisco I. Madero. Prólogo de Javier Garcíadiego. *La Sucesión Presidencial en México en 1910*. México: De Bolsillo. 2010, p. 215, 217. 390 p.

<sup>51</sup> Brown, *Op. Cit.*, pp. 38-39

mexicanos, todo se estremeció y confundió en otro estruendo, no de artificio, sino de verdad: el formidable estruendo de una nueva Revolución.<sup>52</sup>

El infortunio seguiría a Frías, pues pudo disfrutar pocos días de tranquilidad con su nueva esposa, ya que México se empezaba a convulsionar y el 20 de noviembre de 1910 estallaba la revolución en algunos puntos del país. Huyó junto con su esposa de la Ciudad de México rumbo a Coahuila, donde se reunió con varios anti reeleccionistas que buscaban refugio de la persecución gubernamental, aunque sin mucho éxito. Regresó a la ciudad sin haber participado como soldado o revolucionario.

El movimiento no abarcó toda la república ni estuvo muy bien organizado al principio, pero sí fue menospreciado por el régimen de Díaz. Rabasa menciona que:

[...] no se modificó en sus procedimientos; cundió en Estados próximos a Chihuahua y Sonora, no por avance de las fuerzas ya en armas, sino por la aparición de nuevos cabecillas que operaban en su propia región, por motivos o codicias personales y con independencia de las órdenes del jefe de la revuelta. En los Estados del centro, los pocos cabecillas que surgían no reunían sino grupos pequeños que se dedicaban a vivir sobre el país y nunca amenazaban poblaciones de mediana importancia. De Oaxaca hacia el Sur, sólo el pequeño Estado de Tabasco estaba revuelto, pues en los demás no había un solo revolucionario. Tamaulipas en el Norte, y Querétaro en el centro, estuvieron siempre tranquilos. Cuando llegó el triunfo, la Revolución no había tomado una sola población de importancia en toda la República, ninguna capital de Estado, ni había depuesto a un solo gobernador.<sup>53</sup>

Contra las expectativas del régimen, la revolución Maderista triunfó a una velocidad sorprendente- seis meses- y por ello el viejo presidente Díaz renunció en mayo de 1911: “El régimen que había estado orgulloso de su longevidad, y que aseguraba representar el triunfo de la paz política y el término definitivo de la anarquía en México, resultó ser sorprendentemente frágil y quebradizo.”<sup>54</sup>

Los tratados de Ciudad Juárez definieron la renuncia de Díaz y que fuera sustituido en el Ejecutivo Francisco León de la Barra, su secretario de Relaciones Exteriores.

---

<sup>52</sup> Krauze, *Op. Cit.*, p. 325

<sup>53</sup>Rabasa, Rabasa Emilio. 4° edición. *La Evolución Histórica de México*. México: Coordinación de Humanidades UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. 1986. P 159. 361 p. p. 221Biblioteca Mexicana de escritos políticos.,

<sup>54</sup> Paul Garner. *Porfirio Díaz*. Traductor Luis Pérez Villanueva. México: 2010. Editorial Planeta. P. 241, 319 p.

“Éste tendría como principales responsabilidades llevar a cabo el desarme y la desmovilización de las fuerzas rebeldes y organizar nuevas elecciones.”<sup>55</sup>

La facción revolucionaria triunfó en las elecciones y Madero, ya como presidente nombró a Frías subsecretario de Relaciones Exteriores en 1911. Sin embargo, los problemas del nuevo gobierno fueron constantes e inmediatos, sobre todo por algunas decisiones cuestionables del presidente electo, como cuando “[...] anunció el 9 de julio de 1911 que dejaba de funcionar el Partido Anti reeleccionista”<sup>56</sup>, provocando una escisión con su propia gente. Lamentablemente “[...] conforme avanzó el año de 1912, las élites gubernamentales y empresarial estadounidenses se desilusionaron de la incapacidad gubernativa de Madero”.<sup>57</sup>

Los eventos de la Decena Trágica fueron la culminación del fracaso del nuevo presidente para gobernar el país. La traición de Victoriano Huerta, mostró el poco control que tenía no sólo sobre el Ejército, sino en todo México. “En rigor, Madero fracasó porque destruyó el régimen porfiriano, pero fue incapaz de construir un gobierno alternativo que pudiera alcanzar la estabilidad mediante un proyecto adecuado para el país. [...]”.<sup>58</sup>

El puesto que Madero asignó a Frías duró el mismo tiempo de su mandato. Al ser depuesto éste el 11 de febrero de 1913 y posteriormente asesinado, nuestro escritor se unió al movimiento constitucionalista de Carranza en Piedras Negras, Coahuila, para posteriormente dirigir en Sonora el periódico de *La Voz de Sonora*. Fueron años intensos de la guerra entre la facción revolucionaria y el Ejército Federal, pero la balanza se inclinó del lado de la primera, resultando al final victoriosa.

El 1° de octubre de 1914, las facciones revolucionarias se reunieron en la Ciudad de México, “[...] pero sin la presencia de los villistas ni los zapatistas. Por tan decisivas

---

<sup>55</sup> Javier Garcíadiego. Estudio introductorio, selección y notas. *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*. Primera reimpresión. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. 2005. Pp. XXXVIII-XXXIX. 408 p.

<sup>56</sup> Luis González y González, *Op. Cit.*, p. 767

<sup>57</sup> Sandra Kuntz y Javier Garcíadiego, “La revolución Mexicana” en Velásquez García Érik, et. Al. *Nueva Historia General de México*. México: El Colegio de México. 2010. P. 546. 818 p.,

<sup>58</sup> Javier Garcíadiego, *Op. Cit.*, p. LI

ausencias las sesiones pronto se suspendieron, acordándose que se reanudarían el día 10 en Aguascalientes [...] <sup>59</sup>, para discutir la nueva forma de gobierno que se tendría en México.

Frías, entretanto se dedicó a editar el periódico de la Convención que, en un arranque de originalidad, fue llamado *La Convención*, ya que publicaba las discusiones diariamente celebradas. De nueva cuenta, hubo un punto de quiebre entre las fuerzas revolucionarias, logrando que Villa y Zapata se unieran contra Carranza. Una vez más, nuestro autor tomó una postura acorde a sus ideas y empezó a atacar al dirigente constitucionalista, llamándolo reaccionario y traidor.<sup>60</sup>

Tuvo que viajar de un lado a otro con lo que quedaba de la Convención de Aguascalientes, mientras siguió editando su periódico, junto con *El Monitor*, que era otro periódico de la Convención<sup>61</sup>, y que desaparecería en 1915 tras tener que dejar de trabajar en él por la guerra. Al final, la Convención se terminó dispersando, como menciona Javier Garcíadiego a continuación:

A mediados de 1915 el triunfo constitucionalista era inminente; había derrotado al villismo en Celaya, León y Aguascalientes; en el Ébano, en Jalisco; y en Nuevo León y Coahuila, y entre julio y agosto arrebató a los zapatistas la Ciudad de México, lo que obligó a Lagos Cházaro y a los delegados de la Convención a reiniciar sus aventuras itinerantes y a terminar en una auténtica diáspora.<sup>62</sup>

Durante 1914-1915, se dio tiempo para escribir una novela contra Carranza llamada *El Diluvio*, pero ésta no vio la luz, debido a la censura que existió después por parte del primer Jefe de la Revolución una vez que triunfó.

### **1.3 Sus últimos años en el México Post Revolucionario.**

Frías siguió publicando sus artículos contra Carranza, agotando la paciencia de éste, quien lo mandó a arrestar en la ciudad de México. Su esposa Áurea Delgado lo defendió, pero se le dictó una condena de doce años por órdenes del mismísimo

---

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. LXIX

<sup>60</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 42

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 43

<sup>62</sup> Garcíadiego, *Op. Cit.*, p. LXXIX

cuartel general –entiéndase, del encargado del Ejecutivo y a la postre presidente- en lugar de la pena de muerte que se tenía pensada para él. Esto fue en consideración a sus aportes literarios en el pasado y por lo delicado que era su estado de salud. Durante los años de 1918 a 1920 sólo publicó *La vida de Juan Soldado*, debido a su precaria situación y al olvido en el que se encontraba.

Frías se había quedado ciego, por lo que a su esposa se le permitió que pudiera estar con él en la cárcel y cuidarlo. Asimismo, y gracias a la intervención de sus amigos, la sentencia fue reducida y fue liberado tras ocho meses de prisión.

Frías vivió aún el proceso de la promulgación de la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos de 1917, que a pesar de todas las diferencias que tuvo que enfrentar se juró el 5 de febrero éste y, por fin, después de casi seis años, se pudo convocar a elecciones. Carranza dejaría el puesto Ejecutivo en 1920, cuando Obregón junto con Plutarco Elías y Adolfo de la Huerta proclamaran el Plan de Agua Prieta con el cual buscaban evitar que Carranza impusiera como sucesor a su candidato Ignacio Bonillas, popularmente conocido como Flor de Té.<sup>63</sup>

Infelizmente para el presidente la situación se tornó incontrolable ya que casi todo el ejército se alió con los aguaprietistas y quedó solo, ya que también había roto con Pablo González, otro de los candidatos naturales al Ejecutivo y con una fuerte presencia militar en el norte del país.<sup>64</sup> Si además se suma la parsimonia de Carranza para movilizarse hacia Veracruz, el resultado no es de extrañar: fue asesinado en la sierra de Puebla, en Tlaxcalantongo, el 21 de mayo de 1920.<sup>65</sup>

Obregón tenía en cierto aprecio a Frías por sus ataques contra Carranza, por lo que lo nombró cónsul en Cádiz, España, donde estuvo hasta 1923. Publicó durante este tiempo *¿Águila o Sol?*, una novela con la que buscaba iniciar una trilogía de la Revolución Mexicana que nunca pudo concretar.

---

<sup>63</sup> Garcíadiago y Kuntz. “La revolución Mexicana” en *Nueva Historia...*, p. 565

<sup>64</sup> Garcíadiago, *Op. Cit.*, Pp. LXXXVII-LXXXIX

<sup>65</sup> Lorenzo Meyer. “La institucionalización del régimen” en *Historia General de México...*, p. 826

Su salud se deterioró a partir de este año y al regresar a México trabajó en el departamento de publicidad del Ayuntamiento de la Ciudad de México, junto con su amigo de los tiempos maderistas, Rafael Martínez<sup>66</sup>. De manera increíble a pesar de su ceguera fue editor en *La Revista del Ejército y la Marina*. Su última obra, en la cual colaboró Martínez, fue el *Álbum Histórico Popular de la Ciudad de México*.

Heriberto Frías Alcocer murió el 12 de noviembre de 1925, en su casa de Tizapán, a la edad de 55 años. *El Universal* le dedicó una pequeña columna dando a conocer sus logros en vida.<sup>67</sup>

---

<sup>66</sup> Brown, *Op. Cit.*, p. 36 y 41

<sup>67</sup> Brown en Heriberto Frías, *Tomóchic...*, p. XVI

## Capítulo 2: El bajo mundo en las novelas de Frías.

### 2.1. La vida militar en *Tomóchic*.

En esta novela hay una rica información histórica de tipo militar que, si bien se ha abordado –como en *Los Doblados de Tomóchic* de Antonio Saborit- , no se ha recogido aún ese testimonio de vida de los soldados en una campaña de guerra en el Porfiriato. Aunque hay una gran cantidad de obras que analizan la novela de Frías, finalmente y como dice Yliana Rodríguez: “Tal vez es imposible hablar de Heriberto Frías sin aludir a *Tomóchic*, así como es inevitable referir el proceso seguido al autor a raíz de su publicación.”<sup>68</sup>

Lejos del reflejo constante que hace de su vida con su *alter ego* Miguel Mercado, el escritor, nos muestra la vida diaria de un soldado mal pagado, mal preparado y con poca convicción para luchar, tal como lo manifiesta el personaje de Mercado al sentir la experiencia de la derrota.<sup>69</sup>

Ésta fue en el clímax de la batalla, pero no sin antes pasar por toda una serie de sucesos que marcaron la travesía a Chihuahua. Al joven soldado Mercado-Frías da una descripción de Ciudad Guerrero, la cual desprecia al decir: “¡Y a esto llaman ciudad!”<sup>70</sup>, con lo cual empieza su explicación del ambiente del lugar:

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda o una tienda donde saciarse. Con movimiento rápido y brusco reemprendió la marcha, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y rítmico. Llegó por fin a la sombra del portal, vio alegre, muchos tendajos, cuyos armazones poblados de botellas lucían extrañas tintas [...] Cansado como venía por seis jornadas continuas durante las cuales no había comido sino tortillas de harina y carne asada; ávido de tomar caldo, frijoles, chile, los más toscos o sencillos alimentos, aquel día que no se había desayunado sino con una “gorda” [...] <sup>71</sup>

Con esto no termina el pasaje, pero se puede apreciar una rica descripción del lugar así como de la situación en la que se encontraba la región por el conflicto en la

---

<sup>68</sup> Yliana Rodríguez. “Heriberto Frías”, en Vicente Quirarte, et Al. *La República de las Letras*. V III. México: UNAM. 2005. P. 521.

<sup>69</sup> Vid. *Supra* nota 17

<sup>70</sup> Frías, *Tomóchic...*, p. 1

<sup>71</sup> *Ibid.*, pp. 1-2

población. Además, debe rescatarse la interacción entre los soldados, algo que no conocemos a fondo de este periodo y el autor trata constantemente:

Detúvose Miguel en el umbral de la puerta del fonducho al oír una tenaz y confusa algarabía de voces, gritos y carcajadas, mezclados a un agradable estrépito de vajilla removida y de cubiertos chocando, con la loza de los platos y el cristal de las copas [...] Era aquello más bien una tienda, lleno el armazón de botellas vacías, sirviendo de mesa un mostrador cubierto con un grasiento mantel, atestado de platos y de cascos de cerveza. Había allí oficiales del Quinto Regimiento, del Undécimo Batallón y del “Cuerpo de Seguridad Pública” del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Miguel, al momento, que eran jefes, [...] La llegada de los dos jóvenes pasó inadvertida; y Miguel, pensativo, prestó oído a la conversación, que animábase ruidosamente a media que el hambre se satisfacía [...] Ya se comía menos, pero se bebía y se hablaba más. Y Castorena, un poco ebrio, relampagueante, improvisaba brindis en verso, que unos cuantos oficiales aplaudían en tanto que la charla continuaba entre otros camaradas menos alegres.<sup>72</sup>

Hemos de aclarar que se ha discutido mucho acerca del componente geográfico de la novela y llegado a la conclusión de que no es del todo certera, aunque si “el detalle de la descripción tiene como resultado la apariencia de la verdad; la secuencia temporal, por su lado está más apegada a la histórica<sup>73</sup>. La obra constantemente nos refiere estos componentes, por lo que a la luz de hoy en día podemos entender por qué Frías fue llevado a juicio:

Al día siguiente todos los aventureros paisanos, y los militares no uniformados, ataron, por disposición del general grandes cintas rojas a sus sombreros, para no ser confundidos en el combate. A los oficiales de filas se les obligó a quitar las espiguillas e insignias de sus uniformes. Se trataba, de esta manera, de evitar ser los principales blancos del enemigo, quien, como ya sabían, cazaba inexorablemente a los oficiales y jefes, distinguiéndolos perfectamente entre la tropa. La jornada del día diecinueve (de octubre) fue muy corta, de “Río Verde” a “Las Juntas”, tres horas de marcha, a dos leguas solamente de Tomóchic, frente al enemigo [...] No obstante el hambre y la sed, no obstante el abrumamiento de haber trasmontado cerros y cerros, se notó satisfacción por aproximarse al desenlace, fuera cual fuese [...] Después de que se repartieron a la tropa y oficialidad las raciones de carne y harina del pobre rancho, hubo en el campamento de Las Juntas, situado en una alta meseta, desde cuyos bordes

---

<sup>72</sup>*Ibid.*, p. 5

<sup>73</sup> Adriana Sandoval. “Tomóchic a la luz de La debacle de Émile Zola”, en Rafael Olea Franco. *Literatura mexicana de otro fin de siglo*. México: El Colegio de México. 2001. P. 268. 691 p.

podrían dominarse fácilmente todos los alrededores, una gran calma sorda que encubría la excitación de los ánimos, a la expectativa del asalto.<sup>74</sup>

Hay que resaltar la constante mención de fechas para dar a conocer los movimientos del ejército. “Estas indicaciones dan al texto un aspecto periodístico, como si se tratara de un despacho de agencia informativa. Además, le confieren un tinte testimonial directo, un poco como si se tratara de un diario.”<sup>75</sup>

No sólo es la descripción de órdenes y fechas lo que llama la atención, sino el detalle con que se describe la campaña militar, con escenas tan crudas como la que sigue, que nos hacen pensar en lo duro que fue para los inexpertos soldados la experiencia bélica:

La intensidad de la fetidez de putrefacciones le indicó a un montón de cadáveres medio carbonizados, que obstruían el paso en una puerta que habían de atravesar. Fue preciso removerlos y echar sobre ellos un trozo de viga a manera de puente, y por allí pasó la tropa, enfilado un vetusto claustro hasta llegar al sitio designado. Aquellas eran las ruinas del antiguo convento edificado por los jesuitas evangelizadores de los tarahumaras durante el periodo colonial, en la época en que mejor se explotaban los minerales de aquella parte de la sierra [...]<sup>76</sup>

Nos queda así demostrado en varios ejemplos el conocimiento militar que tenía Frías, así como sus constantes frustraciones ante un ejército con poca capacidad de respuesta y organización. Debido a las adversidades sufridas en el poblado atacado:

[...]Comprendía lo espantoso de una sorpresa nocturna en la sierra, al rendir una dura jornada: la tropa hambrienta y exánime, desorientada, sin saber a dónde la llevaban, ni por qué, ni por dónde llegaban los enemigos, ni cuántos eran [...] Y la ironía misma de este nombre era cruelmente trágica. ¡Unos cuantos audaces sorprendiendo a la tropa cansada, que duerme, casi muerta; a la tropa mexicana, que bien dirigida es épica legión, y abandonada al caso, mísero rebaño! Mejor que nunca comprendió entonces Miguel las altas responsabilidades de un jefe, y la urgencia de que México tuviese una oficialidad instruida, disciplinada, honrada.<sup>77</sup>

---

<sup>74</sup> Frías, *Tomóchic...*, p. 71

<sup>75</sup> Catherine Raffi-Beroud, “Heriberto Frías o el escritor de la encrucijada” en *Literatura Mexicana de otro fin de Siglo...*, p. 279

<sup>76</sup> Frías, *Tomóchic...*, pp. 171-172

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 64

Es interesante de igual manera, que Frías muestre a las soldaderas y su papel dentro de esta batalla. Si bien no ocupan el lugar central del relato de *Tomóchic*, ni tampoco son la imagen que tenemos de la mujer revolucionaria – hay que recordar que este evento tuvo lugar en 1892-, deja claro que eran un elemento fundamental para la tropa que combate, pues además de compañía, servían como cocineras y proveedoras de agua :

El agua continuaba siendo preciosa y rara. Con toda audacia, con plena abnegación, las pobres soldaderas bajaban por entre las escarpaduras del flanco derecho del cerro, girando en torno de los más altos picachos, sangrando sus pies a través de la gastada suela de sus recios huaraches, agarrándose a los matorrales para no caer, siempre parlanchinas, mezclando entre sus crudas obscenidades de “léperas” irreductibles, devotas invocaciones a los santos [...] Y a riesgo de ser cazadas por los tomoches de las últimas casas del pueblo o por la guerrilla de la torre, avanzaban hacia el llano hasta el margen del río, donde llenaban por docenas las ánforas de la tropa. Mientras unas hacían provisión de agua, otras se arrodillaban, de cara a Tomóchic, levantando los brazos en cruz como en actitud de orar [...] <sup>78</sup>

Hay una escena particularmente notable, donde podemos apreciar cómo vivía el soldado en campaña. En el capítulo XXX llamado “Sotol y Petróleo”, Frías nos describe cómo se recibían las provisiones desde Ciudad Guerrero, y cómo, “aprovechando el envío de este convoy, no había faltado quienes fletaran algunas mulas cargadas con barriles de sotol, cigarros, pan, queso, chorizos, sal, azúcar y café”. <sup>79</sup> Empezó una auténtica fiesta en el campamento de los soldados que los llevó a disfrutar de la bebida, de canciones y de la convivencia entre ellos. Además habría que añadir que las soldaderas fueron también protagonistas de esta convivencia, pues además de ser compañeras cobraban por lo que podían cocinar, aunque no por ello estaban exentas de ser las “viejas” de los soldados, eso sí, cuidando de no ser “vieja” de algún soldado del mismo batallón si murió su antiguo “viejo”. <sup>80</sup> La descripción que hace Frías de ellas no es precisamente halagüeña:

Las viejas soldaderas, menos numerosas, habían adquirido mayor prestigio y, más raras, más ricas, más solicitadas por sus fritangas o por sus personas, imperaban en

---

<sup>78</sup>*Ibid.*, p. 113-114

<sup>79</sup>*Ibid.*, p. 139

<sup>80</sup>*Ibid.*, pp. 142-143

medio de tumultuosos corrillos, como soberanas. Muchas, coquetas, atrocamente coquetas, se mostraban con trajes limpios, con extrañas enaguas de buena tela, ostentando sobre el hombro, no el harapiento reboso, sino algún chal de lana a cuadros negros o rojos, algún chal escapado de los incendios de allá abajo [...] <sup>81</sup>

Por otro lado, las críticas hacia el régimen son una constante en el texto, siendo algunas de éstas directas hacia el viejo dictador Porfirio Díaz, quien por momentos pareciera un personaje que observa todo desde el castillo de Chapultepec y quien, pese a encontrarse en un lugar muy apartado, tenía que mantener el orden para el bienestar de la nación. Citando a Frías, los soldados no eran más que “[...] ¡Tristes y obscuras ignoradas y mudas víctimas del Deber! [...]”<sup>82</sup> Aunque nunca fue un soldado brillante, nuestro escritor sí tenía gran aprecio al Colegio Militar, sin por eso dejar de ser crítico hacia él:

El peligroso histerismo de Tomóchic, supurando y sangrando como un tumor, iba a ser extirpado. Más sucedía que la mano firme y apta del General Díaz, veterana en estas operaciones, encontraba sucio y sin filo el instrumento - ¿Por la falta del uso? – Lo que se complicaba el caso [...] Se imponía la regeneración del ejército con nuevos jefes y una oficialidad digna como la educada en el Colegio Militar de Chapultepec. <sup>83</sup>

Tenemos que mencionar una cita en que el autor dejó plasmado su pensamiento acerca del régimen, donde muestra una opinión contraria hacia él y una verdadera señal de preocupación ante la situación vivida por el ejército en Tomóchic.<sup>84</sup> Por otra parte, podemos ver en ella la intención de que la obra fuese testimonial porque Frías “[...] acumula los nombres de oficiales, de regimientos, de batallones, etc., como si eso fuese una prueba y certificase su calidad de testigo presencial. Y todos los detalles de la vida militar, indicados con profusión apoyan esta impresión, sin hablar de ciertas órdenes dadas por los oficiales y transcritas en bastardilla.”<sup>85</sup>

---

<sup>81</sup>*Ibid.*, p. 141

<sup>82</sup>*Ibid.*, p. 21

<sup>83</sup>*Ibid.* p. 43. Aquí se explica en el pie de página que las tres primeras ediciones – 1893, 1894, 1899- contienen otros párrafos.

<sup>84</sup>*Vid. Supra* nota 19. Leer nota al pie de página de la edición aquí citada en la página 191 del texto.

<sup>85</sup> Raffi-Beroud, *Literatura mexicana de otro fin de siglo...*, p. 279

Como ya se dijo<sup>86</sup> Frías tuvo que enfrentar un proceso militar al publicar la novela.<sup>87</sup> Los detalles alrededor de éste los menciona en su libro de *El Triunfo de Sancho Panza*, dejándonos ver en qué consistía un arresto militar. Según dice, Miguel Mercado se encontraba haciendo una guardia de rutina después de la batalla de Tomóchic en su cuartel en Chihuahua, cuando lo mandaron a llamar:

El teniente formó en ala su guardia, y correctamente hizo los honores de ordenanza al general José M. Rangel, quien llegaba acompañado del gobernador de Chihuahua, coronel Miguel Ahumada, y del teniente coronel Francisco Peinado, quienes bajaron de un coche particular, entrándose al cuartel, donde los recibió el ayudante José Aguirre [...] Un momento después éste ordenaba a Miguel que entregase la guardia a un subteniente y cuando lo hizo, el ayudante le exigió a Miguel depositase su espada y su pistola, y desarmado así, le llevó a presencia del general Rangel [...] El pobre teniente comprendía que aquello era gravísimo, pues ni en las más apremiantes circunstancias un general en jefe se toma el lujo de ir personalmente en compañía del gobernador de un importante estado a desarmar a un oficial de guardia y a interrogarle.<sup>88</sup>

La imagen de un soldado siendo desarmado y arrestado por un delito es algo que no muchas veces podemos conocer de primera mano, pero en este caso resultó algo realmente excepcional, y por ello podemos dar cuenta de la relevancia que tuvo para el ejército su probable autoría de *Tomóchic* y enojo por la revelación de los detalles de la campaña.

En su celda de detención, Mercado-Frías pudo observar cómo los soldados pasaban cerca de él con noticias, rumores y mirándolo por el problema que tenía, provocándole un temor constante:

-Se le ofrece a usted algo, compañero, para su casa [...] ¿No le han traído su cena?

Las palabras del capitán de cuartel le volvieron-a Mercado- al infierno de su situación. Jadeó. Miraba frente a sí, a cinco pasos, un centinela de vista con el arma cargada. Debería tener orden de matar al preso. No pudo responder. El capitán, entonces, compadecido, se acercó al teniente cuyo kepi había rodado, y

---

<sup>86</sup>Vid. *Supra*, p. 11

<sup>87</sup> Frías, *Triunfo de...*, pp. 112-113

<sup>88</sup>*Ibid.*, pp. 114-115

poniéndole la mano sobre el hombro, a guisa de consuelo, díjole, cariñoso, muy quedo como a un niño:

-No tenga cuidado, compañerito, es pura fórmula, ya verá. Ha de haber equivocación; pero siempre es bueno que me diga si quiere algo para su casa.

En vez de sentir alivio con tan cordiales palabras, el pobre oficial comprendió precisamente por ellas lo terrible de la situación. Sólo en los casos de traición frente al enemigo, de conspiración en campaña o de captura de un peligrosísimo prisionero de guerra se adapta aparato semejante.<sup>89</sup>

Desgraciadamente los cargos eran muy graves como para obviarlos y, como el mismo Frías expresa en la cita anterior, no fue poca cosa contra él, pues aunque pudo evitar la muerte gracias a la intervención de Concepción<sup>90</sup>, tuvo que enfrentar diversas acusaciones de tipo militar que nos dejan ver no sólo su situación, sino las leyes que regían a los militares de aquella época:

Larga prueba de dolor y de miseria fue el proceso que se instruyó al teniente Miguel, acusado de “revelación de secretos sobre operaciones militares, estando las tropas en campaña”, y perteneciendo él a las tropas, “alarma infundada”, propalada en las mismas condiciones, en campaña, “daños intencionales al servicio militar en campaña” y “murmuración contra los superiores”, todo siempre con la terrible circunstancia de “en campaña”.<sup>91</sup>

Lo que Frías relata en estos pasajes es vital para poder conocer más de la vida cotidiana del soldado del Porfiriato, una faceta de la cual muy poco se sabe y aquí nos lo muestra como parte de sus vivencias, dejando ver el lado más humano de los militares, sus problemas constantes, así como su modo de vida en el frente de batalla. Ciertamente que tal vez no sufrieron tanto como se pudiera pensar<sup>92</sup>, pero se muestran las limitantes de la institución castrense en esos momentos, que no pudo controlar a una pequeña población en la sierra de Chihuahua, además perdiendo bastantes efectivos contra un puñado de rebeldes bien organizados. Como la historia nos ha contado, este ejército posteriormente se mostró ineficaz en combate en 1910 contra otra rebelión que resultó de mayor envergadura y fuerza.

---

<sup>89</sup>*Ibid.*, p. 117

<sup>90</sup>*Vid. Supra*, nota 22

<sup>91</sup> Frías, *Triunfo de...*, p. 123

<sup>92</sup>*Vid. Supra*, nota 78

## 2.2 Alcoholismo y drogadicción: Una vida bohemia.

Hay un elemento constante en la vida y obra de Heriberto Frías: el alcohol. Podríamos decir que fue un personaje que siempre lo acompañó y con frecuencia lo llevó a la miseria, así como le permitió dar testimonio de un mundo turbio, enviciado y apartado de todo el “glamour” de la élite porfiriana. En efecto, gracias al autor, tenemos retratos de cantinas, pulquerías, borracheras o efectos del alcoholismo<sup>93</sup>, mostrados de manera cruda y sin censura. El bar, lugar constante de reunión de Frías con sus contemporáneos, “era una institución americana trasplantada a nuestra ciudad en los últimos años del siglo XIX, y que se había propagado de tal suerte que en cada calle había uno o dos bares intermedios y en cada esquina había uno, a veces cuatro, uno por cada esquina.”<sup>94</sup>

La vida bohemia que gustó de llevar el autor durante buena parte de su juventud se refleja de manera frecuente en las novelas siguientes: *Miserias de México*, *El Triunfo de Sancho Panza* y en menor medida, *Tomóchic*. Por ello es necesario mencionar los momentos más tormentosos de su alcoholismo y drogadicción, así como algunas escenas en otros textos, como *Los Piratas del Boulevard*, donde aunque él no es el protagonista, sí es un cronista de primera mano.

Nos relata así cómo empezó en este peligroso sendero de vida a la temprana edad de 14 años:

Una tarde en plena desolación de calor y sed, ruin camarada de oficio de los que él se mofaban llamándole “el catrín”, obsequióle una medida de pulque en infecta pulquería del barrio, conjurándole con soez palabra a aceptarla; y, parte por la amenaza y parte por la sed, y parte por el encanto perverso de un placer no gustado y prohibido, el niño Miguel aceptó, y frente al nauseabundo mostrador de la alharaquenta taberna bebió su primer vaso y gozó y sufrió su primer borrachera. Tenía él entonces 14 años. Aquel primer vaso de pulque fue su bautismo de fango [...] ¡Cuántos vasos de ignominia como ése, o peores, había de beber más tarde! [...]

---

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 110

<sup>94</sup> Rubén M. Campos. *El Bar. La vida literaria de México en 1900*. México: UNAM. Coordinación de Humanidades. 1996. P. 32. 316 p.

<sup>95</sup> Frías, *Triunfo de...*, p. 91

Frías, hombre de su tiempo, se volvió asiduo del pulque, que considerado el “vino nacional [...] la bebida favorita de la clase media y del pueblo [...]”<sup>96</sup>, por lo que no nos extraña que fuera su primera bebida tomada, dada la difusión de ésta. A raíz de esta experiencia vendrían después los relatos de sus vicios durante su estancia en la cárcel:

Y una tarde [...] aquel niño de 14 años [...] aquel precoz borracho repartidor de periódicos [...] fue sumergido en la cárcel de Belem. Fue a dar a La Galera de los Pericos, con los rateros, con la chusma de la hez más canalla de los barrios de México, y entre sus piojos y sus petates, entre sus huaraches y bellaquerías, entre el delirio del hambre, y la locura del chinguere y la marihuana [...] le obligaron a fumar la macabra marihuana de los presidiarios; bebió en sucias tripas el refino trágico de la tropa [...] <sup>97</sup>

Durante gran parte del siglo XIX no existió una restricción para el uso de las drogas. Fue desde 1870 cuando hubo pequeños intentos por controlarla, se buscó que “[...] la venta de ciertas drogas (marihuana y adormidera) sólo se hiciera bajo receta médica.”<sup>98</sup>

En *Miserias de México* podemos ver la tormentosa vida de Frías como periodista, en la que se dio a la droga y el alcohol:

¿Quién no conoce aquí las aventuras del teniente Miguel Mercado, cuando vivió en Tomóchic y Chihuahua? [...] Muy pocos, sin duda; pero lo que todos ignoran son sus malandanzas de periodista bohemio en México. Sus confesiones son precisas y utilísimas por sinceras. Él me las ha narrado sin atenuar ni restringir, crudamente, con algo que fuera cinismo, a no estar inspirado por el más puro y melancólico amor a la verdad. Mucho de lo que me ha referido vierto en las páginas de este libro honrado, revelador de tantas miserias y de tantas sombras. Aquí hay poca literatura y mucha verdad, la verdad apenas velada pudorosamente por la forma novelesca como por una gasa que más descubre que oculta, alegrando un poco la miseria del fondo. Heriberto Frías.<sup>99</sup>

---

<sup>96</sup> Nadia Menéndez Di Pardo. “Saber médico y alcoholismo en México, 1870-1910”. Tesis de maestría en Historia. UNAM, 2011. P. 51. 207 p.

<sup>97</sup> Frías, *Triunfo de...*, p. 93

<sup>98</sup> Víctor Ramón Miranda Lara. *Retrospectiva histórica del uso de las drogas en México*. P. 6. <http://dgsa.uaeh.edu.mx/revistas/index.php/psicologia/article/view/154> (15 enero 2014)

<sup>99</sup> Frías. *Miserias de México...*, p. 207

Tras esta introducción, podemos entender aún más su vida llena de vicios y altibajos, mostrando la miseria económica y física en la cual vivió. A fin de seguir su ideal de ser periodista, tras dejar Chihuahua, regresó a la Ciudad de México.<sup>100</sup> Así se describe Frías –Mercado tras este suceso:

Poeta bohemio y editorialista anónimo, abanderado del diario de combate *El Campeón Republicano*, vagó Miguel por un México, un poco más libre, algo menos infeliz que hasta entonces, orondo cual nunca, sintiéndose rico al poder gastar casi sólo en beber sus 30 pesos de sueldo mensual.<sup>101</sup>

Ahora bien, su tendencia autodestructiva ni él mismo la negaba y su constante depresión laboral lo hacía beber aún más:

En vano, tal como allá en Chihuahua otros compañeros de redacción y de miseria le decían, copa al frente, que así era el oficio y que ellos no fungían sino como instrumentos inertes, reproductores ciegos en sí mismos de otras ideas, de otros intereses, ajenas éstas en absoluto a la conciencia personal de cada redactor, conciencia que quedaba a salvo de toda responsabilidad, incólume. Eran como ciegas máquinas de escribir al servicio de manos extrañas. Había que esperar tiempos mejores para la verdad. Y bebían, consolándose con el alcohol.<sup>102</sup>

*El Bar*, la obra de Rubén M. Campos<sup>103</sup>, nos ayuda a comprender un poco el entorno del alcoholismo de Frías, dada su rica descripción de la vida en estos locales etílicos. En el gremio literario era algo normal beber, tanto para poder escribir como para la convivencia rutinaria.<sup>104</sup> No es de extrañar que nuestro autor se dejara llevar constantemente a estas borracheras rodeado de ese ambiente, además que su personalidad y creciente adicción lo orillaran sin ningún problema hacia la bebida. De hecho, Campos menciona a Frías de manera un tanto escueta en su texto ya citado, pues además de sus dotes literarias recalca que “[...] va de bar en bar pero no en los de Plateros, sino en los de la bohemia literaria que se contenta con frecuentar las cantinas de barrio.”<sup>105</sup>

---

<sup>100</sup>Vid. *Supra*, p.12

<sup>101</sup>*Ibid.*, p. 211

<sup>102</sup>*Ibid.*, pp. 217- 278

<sup>103</sup> Campos, *Op. Cit.*, p. 33

<sup>104</sup>Vid. *Supra* Nota 34, pp. 218-219

<sup>105</sup> Campos, *Op. Cit.*, p. 58

Como bien se señala en la introducción de la obra *La Canción del Hada Verde*, “varios artistas probaron con los llamados paraísos artificiales: uso de drogas, abuso en el alcohol y ajeno [...] Se convirtieron en “víctimas” del bar [...]”<sup>106</sup> Desgraciadamente el alcoholismo era una enfermedad que se estaba volviendo común, debido “[...] al aumento de producción de alcoholes”<sup>107</sup>, y de cantinas. Se menciona que:

[...] en el año de 1896 en el D.F. había 1052 cantinas sin contar expendios pequeños y abarrotes, donde también se expendían bebidas. Sólo en la Ciudad había 482 cantinas propiamente dichas. Expendios de pulque o tabernas 1409, sólo en la Ciudad 789. Figones y fondas donde también se expendía pulque 438.<sup>108</sup>

Las adicciones de Frías siguieron consumiéndole a una velocidad alarmante, como él mismo relató cuando tomó la dirección de otro diario en la Ciudad de México:

Y en ese diario, amonestado generosamente, salió un poco a flote del naufragio; pero estaba [yo] ya tan viciado, la intoxicación era ya tan profunda, que hubiese requerido más enérgico tratamiento. No se le pudo vigilar bien, y tornó a lamentables sumersiones [...] En el rincón de una tequilería en la calle de Manrique se pasaba largas horas, consolándose de su destino injusto bebiendo copitas y abominando, entre borrachines tequileros, del secretario de redacción, porque éste le exigía que trabajase un poco más y bebiese algo menos, y porque le tachaba inexorablemente los lirismos hueros y las pedantescas indignaciones [...]”<sup>109</sup>

A pesar de ir a dar la cárcel de Belem y al hospital Juárez<sup>110</sup>, sus vicios no cedían tan fácilmente, pues encontró y narró una nueva forma de adicción que lo llevó a una peor debacle: la morfina, dejando una imagen de cotidianeidad en este estilo de vida. Todo empezó por su desempleo y su reencuentro con el alcohol:

No fue necesario más para volver a hundirse; una vez tomada la nueva primera copa de la nueva serie, se sumergía en la cloaca, pero ahora con una rapidez y una facilidad que probaban lo bien preparado que estaba ya su organismo para el desastre [...] y para colmo de males, uno de aquellos destripados, un morfinómano ex practicante de medicina, al pretender librarle de atroz neuralgia, inyértale

---

<sup>106</sup> “Introducción” en María Emilia Chávez Lara. *La Canción del Hada Verde. El ajeno en la literatura mexicana. 1887- 1902*. México: UNAM. P. 13. 243 p. Colección Ida y regreso del Siglo XIX.

<sup>107</sup> Di Pardo, Op. Cit., p. 49

<sup>108</sup> *Ibid.*, p. 60

<sup>109</sup> Frías, *Misericordias de México...*, p. 222

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 223

morfina, y también le supo al desharrapado bohemio, ávido de sensaciones buenas, que repitió, y algunas semanas más tarde todos se maravillaban de que Miguel ya no bebiese, aunque ignoraban por qué. Sustituyó el alcohol con morfina, lo cual fue por lo pronto un bien relativo, pues pudo trabajar en menos malas condiciones, adquirió cierto método en sus labores y hasta aseo en su persona; se pudo confiarle secciones más delicadas, por lo que, radiante, consideraba al dulce veneno cual eficaz redención. Con una inyeccioncita en la mañana, al despertar, un tanto inquieto y molesto, tenía para sentirse contento, fuerte, lleno de íntima alegría, durante toda la jornada, hasta por la noche en que tornábale un malestar atroz, fatiga, laxitud, nerviosidad, dolor en las articulaciones, sudor viscoso, lagrimeo, una irritabilidad medrosa, una gran tristeza y algo como falta de aire para sus pulmones, todo lo cual desaparecía por milagro con otra inyeccioncita [...] El amor de la Sirena Morfina –como le llamaba otro de los destripados que solía caer a la hora de los almuerzos de los destripados, a quien apodaban Papá Argüellitos- le rejuvenecía, muy al contrario de la Sirena Alcohol que le revolcaba en los peores lodazales, tanto que resolvió ingenuamente pasarse la vida constantemente iluminado por tan gratísima llama.<sup>111</sup>

Algo sumamente revelador en esta larga cita es la descripción de la aplicación de la morfina, así como de las sensaciones y dolor que provoca una desintoxicación, dando detalles de cómo se siente una persona en el momento en que su cuerpo empieza a necesitar de nueva cuenta de la droga y de cómo se sentía aliviada por esta sensación.<sup>112</sup>

Aquí debemos añadir el relato de los efectos de esta droga en alguien que empieza a abusar de ella, otra imagen cruda que nos hace pensar que Frías era un adicto consumado. Pareciera ser que su escritura se deterioraba rápidamente en tan lamentables condiciones:

Iba convirtiéndose en espectro, aumentaba paulatinamente la dosis de morfina en sus inyecciones y empezaba a sentirse quebrantado ya por el veneno que solía hundirle en somnolencias y marasmos de los que sólo salía sacudido por café y el alcohol, otra vez, al fin, el alcohol. Comía mal y digería peor, despertaba con náuseas, atónito, idiota; el sueño no reparaba ya su fuerzas; sufrías pesadillas crueles, y érale preciso redoblar las dosis de morfina o apelar al café con catalán para procurarse aliciente y escribir el artículo cotidiano, sin cuya publicación no había derecho a recibir un centavo [...] Y por fin, volvieron las grandes borracheras de antaño, sin deleite, sin alegría, pero ahora complicadas con la morfina, más terrible por eso. Y fue otra más negra sumersión [...] y volvió a vagar

---

<sup>111</sup> *Ibid.*, pp. 226-227

<sup>112</sup> Miranda, *Op. Cit.*, p. 7. Menciona aquí la popularidad de esta droga en la época de Frías.

pálido, enjuto, espectral, huraño, tembloroso, por los peores barrios de México [...]”<sup>113</sup>

Se tiene que mencionar aquí que la drogadicción no era ajena al Porfiriato, mucho menos el alcoholismo, sin embargo “[...] había adquirido una connotación delictiva, por lo que se pretendió establecer control gubernamental, sin conseguirlo. Históricamente el discurso presidencial sobre el abuso de la ingesta de alcohol y el alcoholismo se inició con el presidente Porfirio Díaz”.<sup>114</sup> Al tocar fondo –casi de manera literal- el autor busca curarse de sus adicciones de manera definitiva, aunque no sin recaídas constantes debido a su fuerte dependencia del alcohol: “[...] y durante muchos días luchaba contra el demonio del alcohol; proponíase no a beber ni una gota y lo conseguía, pero entonces entraba en un limbo de mortal tristeza; una depresión espantosa le impedía todo trabajo [...]”<sup>115</sup>

Existía una solución en esta época para las personas adictas como Heriberto Frías. Ya señalamos<sup>116</sup> que los sanatorios de entonces no eran como los centros de rehabilitación de hoy en día.<sup>117</sup> Nuestro el autor los describe de manera escueta:

En la misma villa de Popotla tenía el excelente doctor José Hernández Ortega un sanatorio para alcohólicos. Miguel, acompañado de un buen amigo, se presentó al bondadoso director; le contó su mal, le dijo que era pobre, que no podía pagar sino parte de la cuenta y que quería adquirir salud, y con ella crear fuerza para su voluntad de olvidar el vicio, luego pagaría el resto. Y después de un mes de sano aislamiento de abstinencia, de buena nutrición, de aire puro, de vivir visitado y confortado por su esposa, volvió una vez más a la salud, a la vida digna, al trabajo, al amor, al cumplimiento del deber.<sup>118</sup>

Frías dejó también otros retratos de esta condición en sus libros *Los Piratas del Boulevard* y *Crónicas desde la Cárcel*, donde muestra ese lado tan crudo de la vida de pobreza y adicciones de algunas personas de la Ciudad de México:

---

<sup>113</sup> Frías, *Misérias de México...*, pp. 226-227

<sup>114</sup> Miranda, *Op. Cit.*, p. 8. El autor menciona también que las drogas se encontraban disponibles en farmacias y droguerías de todo el planeta, sin restricciones.

<sup>115</sup> Frías, *Misérias de México...*, p. 235

<sup>116</sup> *Vid. Supra*, nota 37

<sup>117</sup> Menéndez di Pardo, *Op. Cit.*, pp. 71-76

<sup>118</sup> Frías, *Misérias de México...*, p. 238

Hay mendigos de levita que piden limosna en las cantinas [...] para su copa. ¿Quién al contemplar al ebrio inveterado que fuera en un tiempo hombre útil, sano y generoso, no exclama tristemente: es mejor que se muera? [...] El agua no mata así de lento, de sombrío, no [...] los dramas del agua son violentos, casi tan fulminantes como los del fuego. Naufragio, sumersión, inundación, tempestad, ¿qué es todo ello sino cierta nobleza casi sin sufrimiento, hasta con cierta poesía alta, como en un campo de batalla? [...] No sonría usted, que no es una broma; ¿qué es el terror, la angustia y la desesperación de un minuto trágico y que se aniquila fulminada una vida, comparado con la miseria, el dolor, la bajeza, la cobardía temblorosa de una existencia irremisiblemente podrida, que va dejando por el camino agrio no sangre roja, sino pus hedionda? ¡Oh el alcohol! Y prolongue usted esa vida de infierno, esa palpitación de pesadilla, prólonguela indefinidamente para mengua de la raza y vergüenza del hombre [...] No [...] eso no es vivir [...] Y, sin embargo, así vivía él, el excelente hombre, allá en un tiempo cuando él y Dios querían –el excelente amigo [...] ¡Podrido por dentro y por fuera; una vejiga de tequila envuelta en un harapo ulcerado! [...] Ya no podían sus manos, manos temblorosas de alcohólico que aún no ha bebido su ración matinal, o manos muertas de borrachos que han bebido más de la cuenta- Ya no podían sus manos con el lápiz, que le dio fama, dinero y amor [...] <sup>119</sup>

Aunque este relato que pusimos es excesivamente crudo, no oculta la realidad de muchos alcohólicos que murieron por su vicio. Aunque en un tono más relajado, la siguiente cita nos muestra un muchacho que gusta de asistir a las cantinas para poder satisfacer su sed de aceptación social:

¿Ese chiquillo de tez sonrosada, los labios de carmín y que habla con voz de tiple, ese polluelo que dice necedades en el corrillo aquel frente a la cantina, se ha escapado de la escuela? [...] Hay un chiquitín de esos que es un verdadero rollo de puro lindo y gracioso; un bebé que ya usa monumental “sorbete”, lentes de arillo de oro y que debe ser de rica familia, porque le sigue una corte de vagabundos vividores, a quienes paga copas [...] Después [...] invitará a las favoritas a cerveza [...] elegirá con desplante entre otras la favorita de aquella noche, y con ella y los amigos de su corte saldrá de la mansión dedicada al culto de Venus para ir a brillarla por esos mundos de Dios [...] <sup>120</sup>

De acuerdo con la “autobiografía” de Frías, podemos comprobar que no existían impedimentos para entrar en dichos establecimientos, aunque fuera un muchacho

---

<sup>119</sup>Heriberto Frías. *Los Piratas del Boulevard*. Prólogo de Fernando Curiel. México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 2009. 186 p. Summa Mexicana.

<sup>120</sup>*Ibid.*, pp. 128-130

menor de edad que “estudiaba”, y que incluso tenía una camarilla de amigos que lo apoyaban en su forma de vida.<sup>121</sup>

Las referencias de nuestro autor al alcohol no terminan en la última cita, sino que podemos rematar este breviarío cultural del mundo etílico porfiriano con una referencia a su estancia en la cárcel de Belem:

¡Se bebieron el barniz!

Dos pobres diablos de carpinteros, afectos a empinar el codo, y no con agua, desesperados de que no tenían con qué ponerse la de Noé, resolvieron antes de ayer beberse el chinguere [*sic*] que contenía el barniz con que engalanaban la madera de los muebles que construían, mas se encontraron con la seria dificultad de que no tenían limón, con cuyo jugo medio logra separarse la sustancia gomosa de la alcohólica. Lo de menos era encargarlo a la calle; pero tuvieron miedo de la desesperación de la espera y se bebieron, los muy [...] Pérez, dos enormes botellas de la sustancia barnizátil. La papalina fue de esas soberanas y los embarnizados, cual científico jacobino, se golpearon de lo lindo. Uno de ellos resultó con la ternilla de la nariz rota, por lo cual le vino una gran hemorragia. Bañado en sangre, delirante y con el estómago hecho un luciente espejo, fue conducido al Hospital Juárez, de donde poco probable es que salga para acá.<sup>122</sup>

La vida de Frías, aunque ya descrita en el primer capítulo, es un gran referente para escribir lo que se podía ver en aquel entonces en el mundo de las drogas y el alcohol. Esto no quiere decir que sus vivencias sean una fuente de verdad absoluta, pero sí es un gran referente para poder estudiar estas situaciones. Nos parece al final de cuentas que esta aportación del autor es de gran importancia para estudiar estos aspectos del Porfiriato.

### **2.3 Prostitución.**

Si podemos encontrar un dato revelador en las distintas obras de Frías es el de la prostitución de mujeres, actividad que no era poco común, pero las que vivían de esta forma- como se relata en el libro *María Villa(a) La Chiquita, no. 4002-*, eran mal vistas y se les describía así: “[...] amante, alegre, galante, feliz, buscona, libertina,

---

<sup>121</sup>Vid. *Supra* Nota 97

<sup>122</sup> Heriberto Frías. Recopilación y nota introductoria: Antonio Saborit. 2° edición. *Crónicas desde la Cárcel*. México: Breve Fondo Editorial. 1997. Pp. 36-37. 106 p.

desdichada y depravada”, o sea, no eran personas, sino un objetos.<sup>123</sup> Para conocer más a fondo lo que vivían estas mujeres, veamos el relato del autor de lo que vio en el puerto de Mazatlán:

[...] por entonces, corroían a muchas familias ignorantes y pobres hondas úlceras de prostitución. La vida mercantil y libre de un puerto primitivo, tan sobrado de cantinas como falto de escuelas, en pleno bochorno tropical, saturado el aire de fósforo, codicia y lujuria, encendió peligrosas llamas en algunas jovencitas obreras, en tanto que otras, aún antes de llegar a la pubertad eran vendidas a los ricachones, y que luego a las altas horas de la noche rodaban sus orgías en carruaje abierto, cantando, botella en mano, a sus amantes del momento sus tristes amores y miserias, para morir al fin precozmente viejas, cuando no, ebrias, bañábanse en petróleo y se prendían fuego, expirando en el horror de humana hoguera[...] Había entonces por aquellas costas próceres faunos pervertidos en el gusto de la fruta verde que pagaban bien a las celestinas bribonas, muy conocidas y hasta celebradas, quienes ofrecían el manjar predilecto, dedicándose a la cría y trata de niñas, con la más fría y terrible naturalidad.<sup>124</sup>

Con esta referencia podemos conocer el ambiente que imperaba en el puerto mencionado en torno a la prostitución, donde se afirma la práctica de la pedofilia. La vida de las mujeres que ejercían esta profesión era dura sin lugar a dudas. Hay que señalar que esta práctica era controlada y hasta consentida de cierta manera, como se explica a continuación:

[...] las autoridades de la capital, preocupadas debidamente por la salud pública [...] habían establecido la primera inspección de sanidad, en cuya oficina se abrieron los libros rojos que debían que servir para escribir los nombres de las desgraciadas mujeres que viviendo del vergonzoso oficio iba a quedar sujetas a ciertas prescripciones. La prostitución estaba, pues, reglamentada desde entonces (1895)<sup>125</sup>

De igual manera se tenía la creencia de que las mujeres que ejercían esta profesión eran gente de las capas bajas de la sociedad, quienes se entregaban a este oficio, por “[...] la terrible promiscuidad en que viven [...]”<sup>126</sup> Citando el extenso y revelador texto de Sagredo, podemos conocer la vida de una prostituta llamada María Villa junto

---

<sup>123</sup> Rafael Sagredo. *María Villa(a) La Chiquita*, no. 4002. México: Cal y Arena. 1996, p. 13, 227 p.

<sup>124</sup> Frías. *Triunfo de...* p. 167

<sup>125</sup> Xorge Del Campo. *La prostitución en México*. México: Editores Asociados.1974, p. 61. 155 p.

<sup>126</sup> Sagredo, *Op. Cit.*, p. 51

con los pormenores de su labor y corroborar la cita anterior de Xorge Del Campo: “convertida en pupila, la primera actividad de la recién ‘aislada’ debía ser inscribirse ante el comisario de la oficina de Inspección de Sanidad, requisito indispensable para obtener la libreta de registro – la ‘libreta roja’- y así, ‘oficialmente’, quedar habilitada para ejercer el oficio[...]<sup>127</sup>

Afortunadamente –si es que podemos poner este término-, esta mujer en particular cayó en una casa de citas, porque las mujeres que no estaban en esos establecimientos no se registraban, quedando en gran vulnerabilidad por no poder ni siquiera recibir atención médica.<sup>128</sup>

En *Los Piratas del Boulevard*, hay unas cuantas referencias al reclutamiento de mujeres para ejercer el oficio. En la cita que sigue se sugiere que una cantante empezó de una forma distinta su “carrera”:

La niña Rosario era conocida en su pueblo con el glorioso pueblo de “La Reina” [...] Y, en efecto, en aquella pequeña población del estado de Michoacán reinaba por la maravilla de sus ojos negros y por el encanto de su voz [...] Y Rosario vino a México [...] y se perdió; y la perdieron para siempre su abuelo y el notario y los excelentes muchachos, sus hermanos, doblemente huérfanos [...] –Vamos, esta niña “hará carrera”, no se apure usted, tiene ojos hermosos y voz agradable, “hará carrera” en “las tablas” – Decía momentos después del fiasco un empresario “conocedor” dirigiéndose al rico provinciano. La dulce y encantadora Rosario recibió lecciones de declamación y de baile flamenco, y lecciones vivas de impudicia y exhibición al desnudo, y cuentan que ha vuelto a ser reina de un teatracho de funciones por tandas, en un barrio de triste fama [...] pero todas las mañanas se exhibe en su auto, por la gran Avenida [...]<sup>129</sup>

La sutileza con la cual nos comenta Frías lo que ocurría a las jovencitas llegadas de provincia a la capital de la república deja ver el mundo triste al cual podían arribar. No obstante, no menciona abiertamente que mantuviera relaciones sexuales, sólo lo deja como posibilidad. Hay que entender que el autor denuncia las cosas más oscuras de las que fue testigo e, incluso, partícipe. Aquí nos muestra cómo una pequeña niña podía caer poco a poco en esta triste actividad, “ayudada” por su familia:

---

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 59

<sup>128</sup> Del Campo, *Op. Cit.*, p. 62

<sup>129</sup> Frías, *Los Piratas...* pp. 77-80

México se divierte (corrompiéndose) a pesar de todo; a pesar de su mal humor, y precisamente por éste, y si es verdad que pesa más y más la miseria, el vicio, en cambio enciende mejor los candelabros de oro ante sus ídolos internos [...] Y era de verse en la niña la orla de la rica falda blanca de medio paso, alta aún hasta el tobillo; los lindos pies primorosamente calzados con botas de glasé marrón, comunicando al aire de la marcha cierta insolencia provocativa; el cuerpo delgado, sin talle todavía, el incipiente desarrollo del seno, los amplios vuelos de la blusa de seda escarlata y bajo el ala enorme del sombrero de encaje, una carita pálida, enfermiza, dulce [...] Entonces pensé que, en efecto, a pesar de la guerra fratricida de las desgracias nacionales, la capital se divierte en su corrupción y que las niñas como esa Estela de los “bebederos” metropolitanos encarna una de las más tristes formas de la prostitución actual<sup>130</sup>

Pareciera que la explotación infantil no era algo oculto en esta etapa histórica, aunque habría que considerar lo que se veía como una infancia y cómo se le protegía. El discurso al respecto no se desarrolló en México sino hasta 1860, cuando se creó la beneficencia pública, donde se atendía a las mujeres antes y después de parir, junto con su hijo.<sup>131</sup> Por desgracia, el trabajo infantil no fue reglamentado sino hasta el siglo XX, con la promulgación de la Constitución de 1917 y la consiguiente legislación que trajo.<sup>132</sup>

No obstante, la prostitución no era una actividad que no tuviera ciertas reglas o líderes. Hay figuras siniestras que no son ajenas a aquellos que llegamos a ver ciertas facetas de la ciudad no muy agradables. Y que manejaron- y manejan- de manera cruel e ilegal a las mujeres que tuvieron que ofrecer sus cuerpos al que quisiera pagar:

Si sois paseante asiduo en nuestra avenida de San Francisco, si tenéis paciencia y deseos de matar el tiempo podréis observar entre la turba de los desocupados que se solazan a la puerta de las cantinas, entre los “monigotes” que se la dan de gentleman acabado de llegar de Londres o París, podéis observar, os decía, a un grave y muy respetable personaje. Ese aspecto de ideal ascetismo encubre la rapaz miseria del corredor de mujeres bellas [...] Conoce el género a primera vista. Es de una sagacidad pasmosa para descubrir en cualquier serallo del más vil lugarejo, a la “hembra-perla”, a la que promete, a la que puede “dar mucho de sí” [...] Respecto a las potrillas o potrancas recién llegadas, como melindrosas o bisoñas que no conocen aún el oficio ni saben de freno, ni se conoce si servirán

---

<sup>130</sup>Frías, *Los Piratas...*, pp. 101-104

<sup>131</sup>Susana Sosenski, Norma del Río, et Al. *Espejos de la infancia: pasado y presente de los derechos de niñas, niños y adolescentes en México*. México: Red por los derechos de la infancia en México. 2001. 72 p.p. 40

<sup>132</sup>*Ibid*, p. 12

para “silla” o para “tiro”, el venerable anciano es una maravilla extraordinaria; las educa perfectamente; las amansa y las adiestra conforme un método secreto y de uso exclusivo suyo infalible [...] ¡Caramba! ¡Vaya si las deja como una sedita! ¡Le consultan todas las traficantes del mismo arte, hasta la última insignificante celestina o el “Correveidile” cualquiera de cualquier academia de baile! [...] ¡Vedlo como en el boulevard conoce a todo el mundo [...] y cómo sus ojos voraces desnudan a las mujeres honradas que no adivinan y más vale así [...] que un viejo demonio las ha profanado! [...] <sup>133</sup>

La indignación y el sarcasmo que usa el autor al describir a este proxeneta es interesante pues, a pesar de que él se vio inmerso en este mundo lleno de penurias y desgracias, no aprobaba esta actividad que, en su opinión, atentaba contra las mujeres, además de que pretendía denunciar esta práctica con una descripción precisa del modo de proceder de este hombre que manipulaba y explotaba a su antojo y ambición a las mujeres que llegaba a controlar. ¿Habrá alguna diferencia respecto al trato y reclutamiento de mujeres para ejercer este oficio hoy en día?

#### **2.4 La cárcel de Belem.** <sup>134</sup>

No se puede hablar de Frías sin mencionar su paso por la cárcel de Belem. Aunque no fue una sola vez la que estuvo en prisión, el relato que nos dejó se refiere a su estancia tras trabajar en el periódico *El Demócrata* <sup>135</sup>, y ser encarcelado en el mencionado recinto el 27 de marzo de 1895, como se menciona al principio de este trabajo <sup>136</sup>. Podemos resumir, a final de cuentas, que la importancia de sus crónicas desde la cárceles “uno de los pocos testimonios directos de la vida en Belem” <sup>137</sup>.

Lo que nos atañe también es la visión que se tenía del crimen y de sus perpetradores en esos momentos. Según nos señala Elisa Speckman en su trabajo acerca del tema, “gran parte de los criminales provenían de sectores que contaban con bajos recursos económicos, lo cual no resulta extraño si pensamos que ese sector constituía la

---

<sup>133</sup> *Ibid.*, pp. 147-150

<sup>134</sup> Mencionaré a partir de aquí como Belem lo que es ahora conocido como Belén, salvo que sea una cita diferente a la del texto y la mencione con este último nombre

<sup>135</sup> Frías, *Crónicas...*, pp. 7-8

<sup>136</sup> *Vid. Supra*, nota 35

<sup>137</sup> Saborit, Belem, p.15

mayoría de la población [...] <sup>138</sup>, aunque también habría que señalar que se tenía en la época una idea acerca del vandalismo de los indígenas, donde se les etiquetaba como “ladrones por cuestión genética” <sup>139</sup>.

¿Cómo luchar contra estos problemas? Con la ley, que era vista por la élite porfirista como “[...] el mecanismo utilizado por la sociedad para combatir a sus partes enfermas y neutralizar a los hombres ineptos de la vida social.” <sup>140</sup>. Asentada su necesidad, podemos hablar de los testimonios que nos dejó Frías acerca de Belem, como se cita a continuación:

De nuestro corresponsal directo en la cárcel.

Abril 9. Allá van, señor Director, estos apuntes que encierran lo más notable de lo que es esta cárcel, a donde mi mala estrella y el encono del celeberrimo Salinas me arrojaron, acontece digno de referirse, advirtiéndome a usted que diré toda la verdad; pero no toda la verdad, porque házeme entrado por todos los poros de mi cuerpo un friecillo que me hace tiritar y que no tengo empacho en calificar de prudencia, que bien pudiera rayar en el terror...

Y al grano.

Dados, cuchillos y palos.

Tan desharrapados el uno como el otro, pero conservando aún algunos centavos, jugaban a azaroso juego de los dados su capital, Carlos Oropeza y Melquiades Ortiz. Naturalmente la partida era sensacional y los don contrincantes en cuclillas, en las húmedas losas del sucio patio de encausados, ponían el alma en cada tirada. Perdió uno de ellos, y como no conviniera en ello, sacaron sus magnas charrascas y se arremetieron recíprocamente ante la respetuosa admiración de círculo de curiosos. Más sucedió que en lo más álgido del combate llegó el presidente mayor y... ¡zas! Esgrimió con tal arte su palo, que hubo sangre de por medio. Capturados los adalides, se negaron a entregar las armas ofensivas, pero fueron encontradas en el común <sup>141</sup>.

---

<sup>138</sup> Elisa Speckman. *Crimen y Castigo: legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de la justicia, Ciudad de México, 1872-1910*. México: El Colegio de México. UNAM.1992 P. 92, 357 p.

<sup>139</sup> *Ibid.*, p. 93

<sup>140</sup> *Ibid.*, p. 106

<sup>141</sup> Frías, *Crónicas...*, pp. 19-20

Una escena de violencia pareciera que sería un acto común en una cárcel y más si hay dinero por medio de una apuesta. Lo que nos puede sorprender es la forma en que nuestro autor nos muestra la situación, con un lenguaje coloquial:

¡Toma!

He aquí una historia de una rencilla trágica que un antiguo preso me ha referido. Hace dieciséis años, Juan Mayorga y Romualdo Peraza estaban sentenciados el primero a doce años de prisión y el segundo a tres, y en el taller de zapatería, en que los dos trabajaban dentro de la cárcel, les decían a causa de su inseparable amistad, Clavellina y Juan de Amor. Mayorga había sido un valentón muy temible [...] Una prostituta llamada Chole, que antes había sido querida de Juan, lo acusó de haber matado la noche anterior a su amante [...] Mayorga, abrumado por las declaraciones contrarias de infinidad de testigos y las pruebas, fue sentenciado a doce años de prisión. Algún tiempo después cayó a la cárcel Romualdo Peraza, que entonces tenía de querida a la misma prostituta aquella, acusado de haberle dado una cuchillada tremenda en el rostro .Fue sentenciado a tres años. [...] Una tarde, Romualdo oyó que otros zapateros del taller se mofaban de su amigo y de él [...] Él, hecho una furia, arremetió contra uno de ellos, dándole una puñalada en un costado con su chaveta, y lo dejó muerto. Nuevo proceso, nuevo jurado y una nueva sentencia de diez años de prisión.

-No hay cuidado; saldremos juntos – le dijo a Juan, y continuaron haciendo zapatos, comiendo juntos y recibiendo juntos las visitas de Chole, La *Charrasqueada*. Y así pasaron los años; tres, cuatro, cinco años. Juan solicitó el indulto y por su conducta irreprochable y trabajadora se le concedió [...] Como loco volvió al taller donde le enseñó el oficio a Romualdo. Éste lo miró sombríamente [...]

-Bueno, hermano-le dijo aquel- dame un abrazo. ¿Qué le digo a Chole? [...]

-¿Qué le dices a Chole? [...] ¡Toma!- y le asestó un chavetazo en medio del pecho. Su amigo cayó redondo. [...]

(15 de mayo de 1895)<sup>142</sup>

Dramático, sanguinario y cruel era el ambiente de la cárcel de Belem, donde, a pesar de que se sucedían desgracias continuamente, hubo para Frías situaciones que merecen nombrarse chuscas, como la de la siguiente cita:

Un niño en la cárcel.

---

<sup>142</sup>*Ibid.*, pp. 47-51

El sábado en la mañana llegó a ésta, confundido entre harapientos y hediondos mendigos y entre rateros de miradas cínicas, un niño de cinco o seis años de edad, rubio, vestido elegantemente con un trajecito azul oscuro de marinero y medias blancas. Venía el infeliz pálido y azorado contemplando los rostros curiosos de los presos y las lobregueces de la cárcel. ¿Qué crimen pudo cometer aquella criatura? ¿Por qué lo remitía a disposición del Gobernador el Inspector de la 6° Demarcación que debe ser celosísimo en el cumplimiento de su deber? [...] Así es como la policía cumple siempre. ¿Un niño jugando a las canicas? Pues a la cárcel jugando con él. ¿Rateros jugando la camisa a los dados en medio de las calles? ¡Bah! ¿Quién se fija en eso?<sup>143</sup>

Además de ser triste y patética la situación de un niño encarcelado, no deja de despertar la curiosidad el evento. ¿Sería posible en ese momento poder meter tras las rejas a un infante por jugar a las canicas en la Alameda? La policía parecía poco capacitada para su labor, aunque aquí tenemos que apuntar su papel en la Ciudad de México. Sus funciones eran variadas, según Speckman:

[...] debían servir como espías y vigilar a los vecinos, mantener limpias y expeditas las calles, cuidar a individuos y animales, vigilar a ebrios y prostitutas, impedir riñas y separar a los contrincantes, aprehender a los individuos sospechosos de haber cometido las infracciones o delitos y conducirlos ante las autoridades competentes, trasladarse al sitio donde se había cometido un delito y hacer la investigación necesaria<sup>144</sup>.

Al parecer sólo les faltaba ser boleros y bomberos para completar sus actividades. Infortunadamente, los gendarmes no estaban a la altura de su responsabilidad – y no es de extrañar que hasta el día de hoy suceda lo mismo-, además de que “[...] periódicamente los daban de baja por ausentismo, abandono del puesto, cobardía, ineptitud, inutilidad o ebriedad.”<sup>145</sup> Cualquier parecido con nuestro tiempo y espacio es mera coincidencia.

Lo que nos puede enseñar el autor en su texto no se limita a peleas o encarcelamientos, sino a alguno que otro proceso injusto:

¡Oh, Junta de Vigilancia!

---

<sup>143</sup> *Ibid.*, p. 20-21

<sup>144</sup> Speckman. *Crimen y Castigo...*, p. 115

<sup>145</sup> *Ibid.*, p. 115

El 23 de octubre de 1892 ingresó a esta cárcel Juana Velázquez, por el delito de atentados contra el pudor. El 9 de mayo de 1893, después del jurado fue sentenciada a dos años seis meses de prisión. Después del tiempo que la ley marca, se dirigió a la Junta de Vigilancia para los requisitos necesarios para su libertad preparatoria. Eso fue en el mes de agosto del año pasado. Han transcurrido ocho meses y la Honorable Junta no le contesta aún [...]

Sin más por ahora, Sr. Director.

10 de abril de 1895.<sup>146</sup>

Los relatos de nuestro escritor, sobre la cárcel de Belem, aunque cortos, están llenos de detalles que enriquecen nuestra imagen de esa prisión, haciéndonos notar que fue un lugar muy duro para pasar una condena criminal, aun cuando reconoce el arreglo que se hizo entonces, como, muestra en la siguiente descripción:

De nuestro corresponsal especial en la cárcel.

Abril 2. Belem, esta cárcel que más parece caja en que se encierran todas las abyecciones y deyecciones de una sociedad en vía de formación, se está vistiendo de gala: el Sr. Campuzano, jefe de la cárcel, es un hombre tan observador como estético y acaso inconscientemente tiende a la higiene y por eso ha mandado blanquear paredes, raspar la capa grasienta de la columnas de cantera parda y lleva su arrojo hasta ordenar que el mísero cuarto de periodistas se limpie. Las órdenes se han cumplido, y hasta ahora todavía no impiden la realización de sus promesas los que aquí me tienen observando las miserias de este laberinto. He aquí, mi querido Director, lo que más me parece digno de contarse, respecto de la ciudad que habito.<sup>147</sup>

Cabe resaltar las condiciones en las que se encontraba la cárcel antes de la visita señalada, que eran simplemente deplorables y de nula higiene para los internos – situación que no parece cambiar mucho a más de 100 años de distancia -. No podemos obviar aquí tampoco la “limpieza” a la que se podrían ver sometidos los presos:

Una disposición higiénica de orden interior del actual jefe de la prisión, previene que los presos sentenciados lleven el pelo corto, como es uso en nuestros cuarteles y en las penitenciarías de los Estados Unidos. El departamento de mujeres, que antes era un antro de podredumbre más asqueroso que los de hombres, está siendo blanqueado, se están reparando algunos desperfectos y

---

<sup>146</sup> Frías, *Crónicas...*, p. 23

<sup>147</sup> *Ibid.*, p. 29

cuarteaduras, se obliga a las asiladas a bañarse y a lavarse la ropa; en las galerías van a abrirse más ventanas para activar la ventilación.<sup>148</sup>

Por lo menos en este momento no resulta inhumana la descripción del trato de limpieza a los presos, aunque sí informativa para conocer la manera en que se vivía allí a finales del siglo XIX. Desgraciadamente, en cuanto a los castigos se refiere, sus víctimas eran tratadas con dureza e incluso se llegó a provocarles la muerte:

Tres días sin comer.

Antonio Andrade es un joven de 19 años que vivía dirigiendo los escuálidos caballos de los simones a cuatro reales la hora. No era, sin embargo, cochero oficial, porque sus jefes no querían darle la dirección importantísima de un vehículo, en atención a su corta edad[...] El Sr. Palacios, Inspector de la 4<sup>o</sup> Demarcación, retuvo al amartelado cuyo único delito era ser amado por diversas mujeres y lo retuvo sin comer cerca de tres días [...] Ahora como episodio repugnante que se enlaza lógicamente con el anterior, haré recordar que el 20 de marzo llegó a ésta, consignado por el mismo Inspector Palacios, el anciano de 60 años Mucio Tenorio, que en lamentabilísimo estado de debilidad fue conducido a la calificación acusado por mendicidad y fue sentenciado por el secretario del gobernador a 15 días de detención. Momentos después de la calificación cayó el infeliz anciano, retorciéndose en el suelo, preso de un ataque cerebral originado por la debilidad. Pocas horas después falleció de... ¡hambre! No creo deber comentar esto, señor Director.<sup>149</sup>

La prepotencia y la corrupción imperantes provocaron los sufrimientos de personas que aparentemente no tenían graves delitos por los cuales ser perseguidas. Frías buscó denunciar estos hechos por medio de este texto, que se publicó “a través de la primavera de 1895”<sup>150</sup>, a fin de dar a conocer las duras e inhumanas condiciones que había en el penal, así como la lentitud de algunos procesos judiciales, y es que, por desgracia “[...] lejos de privilegiar las garantías individuales, los positivistas se concentraron en la seguridad del conjunto y se inclinaron por un Estado fuerte capaz de asegurar la integridad del cuerpo social”<sup>151</sup>

---

<sup>148</sup> *Ibid.*, p.40

<sup>149</sup> *Ibid.*, pp. 30-31

<sup>150</sup> Saborit, “Las Veladas de Belem” en *Crónicas...*, p. 14

<sup>151</sup> Speckman, *Crimen y Castigo...*, p. 106

A pesar de ello, podía florecer el amor en una cárcel... entre hombres, claro está. O algo muy parecido, pues podría denominarse también pasión, deseo o lujuria, pero sirvió a Frías para relatar un incidente:

Los celos del presidio.

Abril 17. Señor Director:

He aquí las interesantes y curiosas notas de lo acaecido en esta ciudad, en que habitamos nosotros los proscritos sociales, en donde nos remitieran [...] Parecerá increíble que los hombres se cosan a puñaladas por celos de otro hombre a quien aman con abominable y exótico amor, pero aquí sí suele suceder. Ayer nada menos se desarrolló una tragedia en el Patio de Talleres, en el lugar llamado el Patiecito. La Cubana es el apodo, el nombre de combate de un hombre que despertó las pasiones de otros colegas de cárcel, entre ellos las de Juan Bobadilla y Juan Rodríguez, y a tal punto su amor fue, que resolvieron ambos dar fin a sus rivalidades batiéndose a cuchilladas a las seis y media de la mañana, con fatal resultado para el primer Juan, cuya carne recibió la desagradable visita del puntiagudo cuchillo del Juan segundo. Quedó el primero herido de gravedad.<sup>152</sup>

Aunque los actos de homosexualidad<sup>153</sup> entre los internos no son tema principal en el texto, encontramos la mención de un hombre que se viste de mujer en la cárcel, el cual es descrito de forma detallada, aunque con cierto desprecio:

La Turca

Este apodo femenino era el de un hombre, casi un anciano, ¡pero qué hombre, qué anciano! Entre la muchedumbre incalculable que se agita con actividad y bullicio de animada feria, aunque la algazara de ella [...]

Abundan estos hombres afeminados en Belem en el patio de años donde, no obstante que se les desprecia, viven con costumbres enteramente femeniles [...] llevan alias de prostitutas como: La Diabla, La China, La Pancha, etcétera [...] Seres perversos y depravados, hundidos en el fondo de irritante ignorancia, son feroces y perpetran venganzas terribles contra quienes los insultan o desprecian. Sus rostros hombrunos contrastan con sus ademanes y voces melifluas.<sup>154</sup>

---

<sup>152</sup> Frías, *Crónicas...*, pp. 35-36

<sup>153</sup> En el libro de *María Villa, La Chiquita*, se mencionan casos de safismo entre las presas. Esto nos confirma que las prácticas homosexuales de ambos géneros eran algo cotidiano en el recinto penitenciario. Pp. 185-187

<sup>154</sup> Frías, *Crónicas...*, pp. 66-68

No todos los personajes residentes de la cárcel eran homosexuales. Había los verdaderos truhanes, gente que había destruido su vida en el crimen y purgaba largas condenas, como El Nahual, pintado por Frías con su estilo mordaz:

Encorvado el huesudo cuerpo, arrastrando indolentemente las piernas vestidas con jirones de calzoncillos de un gris mantecoso; sobre las espaldas una camiseta roja sin botones [...] vaga El Nahual entre la multitud de haraposos presos que hormiguean al sol en el patio de los encausados o sentenciados por el gobernador [...] Por supuesto, constantemente está en la cárcel, sentenciado a un mes de prisión, la que sufre estoicamente y donde se entrega a su vicio del raterismo más ínfimo de una gamuza, un cigarro o una cebolla. Es corredor de cigarros de marihuana, en cuyo tráfico encubre a los vendedores en grande, ganándose hasta dos y tres centavos al día [...]<sup>155</sup>

Este personaje es presentado como alguien infame, una lacra de la sociedad que no aportada nada y ni siquiera figuraba entre los grandes criminales, uno del montón que sólo buscaba sobrevivir a su manera y como pudiera.

Parece que el modo de vida de Frías le permitió entender y desenvolverse en este medio, pudiendo servir como reportero de la Cárcel de Belem y sus habitantes. Siempre intentó que se supiera que había una verdadera miseria en ese lugar, que si bien no estaba del todo olvidado por el régimen porfirista, sí era menospreciado como pudimos corroborar con las ideas respecto a la criminalidad de la época. ¿Se podía rehabilitar a los delincuentes que describió el autor? Era como si no, porque los “criminales congénitamente determinados al crimen no podían regenerarse, pero sí los que delinquen por motivos fortuitos lo que lo hacían por pasión”.<sup>156</sup> Habría que preguntarse si los que matan por pasión se pueden regenerar o no...

Todo lo anterior nos revela un retrato de una Ciudad de México diferente a la brillante imagen del porfiriato que conocemos, con delincuencia, alcohol, drogas, tristeza, pobreza y hasta cierto punto, cinismo respecto a su situación. Como podemos apreciar, la miseria de que fue testigo Frías le sirvió de inspiración para escribir, para relatar la “verdad” que tanto buscaba, pero no se quedó sólo en esto, también

---

<sup>155</sup> *Ibid.*, pp. 62-65

<sup>156</sup> Speckman, *Crimen y Castigo...*, p. 108

podemos apreciar ciertas descripciones de la ciudad que, como veremos, nos pueden ayudar a recrear una imagen más completa de ésta.

## Capítulo 3: Reflejo Social.

### 3.1 Un vistazo a la ciudad y sus habitantes.

Cuando Heriberto Frías no estuvo preso o en la bohemia, retrató a distintos personajes que vio en las calles de la Ciudad de México, principalmente en su libro *Los Piratas del Boulevard*. Éstos representan distintas facetas y situaciones del medio urbano que no se han estudiado a fondo y pueden resultar informativas del modo en que se daban algunas relaciones sociales, así como situaciones que podrían parecer cómicas, pero nos revelan el pensamiento de algunas personas en el Porfiriato. Fue en esta etapa histórica cuando “[...] la ciudad de México experimentó un acelerado crecimiento demográfico: en cifras aproximadas, hacia 1876 contaba con 200 000 habitantes, para 1880 con 250 000, para 1895 con 330 000 y para 1910 con 470 000.”<sup>157</sup>

En este punto, no cabe más que dejar que el autor hable por sí mismo de las razones de su texto:

De mi librito de apuntes arranco páginas donde viven las siluetas de muchos zánganos sociales y aun políticos, de esos que se exhiben diariamente su maldad o su espléndida vileza. Son piratas que navegan en el golfo del llamado “Boulevard” con bandera de honradez y hasta de “distinción”, y hasta de gloria. Con ellos, atados por mi látigo, empuño un manojo de víboras y de gusanos, que presento aquí, para que el público se cuide de congéneres que se arrastran por las calles principales de México, sueltos, vivitos, coleando y repletos de ponzoña.<sup>158</sup>

La sorna que utiliza para referirse a la gente de la alta sociedad será evidente, pero no implica que no haya información valiosa respecto a la pomposidad empleada por este sector. Su aversión queda expuesta en esta cita:

Al ver el desfile de los pavos reales, esponjas y la cola al sol, por la avenida de San Francisco [...] El esplendor de sus plumas se admira diariamente a lo largo de las banquetas de la gran avenida capitalina y la gloria de sus nombres en las gacetillas y crónicas de El Imparcial[...] En cambio, los agradecidos diarios citan los nombres en las gacetillas y cricones, como se citan los de los demás “primeros” en las fiestas de la alta sociedad; y he ahí como de rechazo vuelve la

---

<sup>157</sup> Elisa Speckman. *Historia de la vida cotidiana en México*. Tomo V, V. I: Siglo XX Campo y ciudad. Coordinador Aurelio de los Reyes. México: El Colegio de México; FCE. 2006. P. 17, 465 p.

<sup>158</sup> Frías, *Los Piratas...*, p. 19

fama pública a hinchar más todavía las colas de los pavos reales [...] no todos inofensivos, pues los hay también [...] con garras de hiena y pico de gavilán.<sup>159</sup>

No obstante, escribir de personajes de alcurnia estaba lejos de ser la especialidad de Frías, pues también habla de la pobreza existente en todas partes de la Ciudad de México. Tal es el caso de los infantes que vivían en las calles:

Los pequeños monstruos.

Hasta hace poco, entre las miserables hijas de la “civilización actual”, los más desventurados y los más dignos de santa ira y de piedad santa eran los niños abandonados y explotados [...] La filantropía oficial no tiene asilos en qué alojarlas [a las niñas], ni escuelas en qué educarlas; la caridad de nuestras más pomposas asociaciones de beneficencia privada les tiene asco [...] Acaso, y en cuanto a la caridad personal, suele ser tan corta que no alcanza a dar su mano, o tan larga que la limosna más empuja que levanta [...] Y las pilluelas del boulevard mexicano, ya venden billetes, ya voceen periódicos, ya pidan francamente limosna [...] van aumento, multiplicándose, extendiendo su lepra y su infortunio por nuestras calles principales [...]<sup>160</sup>

La disparidad social no era algo nuevo en México, pero el hecho de que Frías lo registre es muy relevante para este estudio. Podemos comprender más a fondo este asunto en la siguiente cita de Elisa Speckman:

[...] el escenario urbano respondió y reflejó la desigualdad social: mientras que las calles comerciales o las colonias ocupadas por los sectores de buena posición económica se regían por los modelos urbanísticos y arquitectónicos de las urbes europeas y contaban con pavimento, obras hidráulicas, servicios de limpieza, vigilancia, luz eléctrica y tranvías; las zonas habitadas por trabajadores y artesanos -receptáculo de la mayoría de los inmigrantes que día a día engrosaban el número de capitalinos- carecían completamente de servicios e infraestructura [...]<sup>161</sup>

Speckman menciona incluso que no se puede hablar de una Ciudad de México, sino “[...] de diferentes entornos, culturas materiales y quehaceres cotidianos”.<sup>162</sup>

---

<sup>159</sup> *Ibid.*, pp. 21-25

<sup>160</sup> *Ibid.*, pp. 39-41

<sup>161</sup> Speckman. *Historia de la vida cotidiana...*, p. 17

<sup>162</sup> *Ibid.*, p. 17

La versatilidad de Frías es tal que también nos habla del arte de la seducción y el cortejo en la alta sociedad porfiriana, aunque sin escapar a su mordacidad característica:

Pan con Atole.

Decía así la preciosa carta de Eugenia a su prima.

Pongo un triple beso tronado en tus mejillas y en tu boca, y después del simpático chasquido, tomo tus manos entre las mías, como hacíamos en el colegio a la hora del recreo, y sentándome a tu lado sin remilgos, muy juntitas, empiezo a charlarte.

¿De qué? [...] ¡De mi novio! [...] No, no encuentro palabras que puedan hacértelo imaginar. ¿Muy feo, me preguntas? [...] Pues no, no es precisamente feo. ¿Ridículo? Tampoco. Un hombre como todos, un figurín del Jockey Club, un títere del boulevard elegantemente vestido de gris, botín con polaina, sombrero panamá finísimo [...] ¡Ni feo, ni ridículo; pero sí perfectamente antipático! [...] Y cuentan que su primera mujer murió de tristeza y vergüenza. Fue un escándalo atroz en Puebla; ella lo acusó de adulterio... ¡con su chufear! ¿Y sabes tú cuál fue el mejor elogio que mi tía Trini le hizo? Pues oye, me dijo: -Ése no es un hombre como todos, como los prostituidos de México; no, niña, ese hombre siempre ha vivido de noche, en su casita, y nunca ha paseado sino con su mamá [...] es un viudo virtuoso, ¿qué más puedes pedir para que sea tu marido? Es un hombre precioso, de corazón puro y de alma virgen [...]<sup>163</sup>

Inclinaciones sexuales, cortejo, consejos maternos, componentes de este relato que nos dejan ver lo que vio y vivió el autor. Más allá del detalle chusco de la situación de la protagonista, podemos apreciar también la referencia a la homosexualidad latente del novio, que a todas luces parece posible debido a las costumbres del personaje. Esto no quiere decir que sólo existiera entre los hombres, pues al parecer Frías conoció también a un par de mujeres que fueron algo más que amigas:

Ella, la alta y de talle fuerte y erguido, es todavía una hermosa mujer, una soberbia y real hembra. Está en el delicioso otoño de la vida femenina, y dan testimonio que aún no se extingue en ella el fuego de las pasiones sus ojos, sus grandes ojos negros que parecen dos ascuas de lumbre viva [...] Desde su asiento pasa revista a la muchedumbre que se codea en las calles de San Francisco y Plateros, del Refugio y de la Independencia [...]

-¡Ahí van! ¡Ahí van!

---

<sup>163</sup> Frías, *Los Piratas...*, pp. 117-120

-¿Quiénes? [...]

-¿Cómo quiénes? [...] ¡Las dos! ¡Las inseparables! ¡La activa y la pasiva! [...]

Su intimidad era...demasiado íntima... ¡Juntas!... “¡Siempre juntas!” [...] Eso de no separarse “absolutamente” para nada [...] pareció excesivo al legítimo consorte. Y hubo naturalmente explicaciones, sus querellas, y por fin la separación.

-O yo o tu amiga. Elige- gritó al fin el esposo en un arranque de energía.

Y ella eligió la amiga. Del esposo admite sólo el dinero. Las dos pasean triunfalmente de su mutuo amor y parece que gozan exponiéndolo al público, orgullosas de no necesitar ni del dinero ni del amor del hombre.<sup>164</sup>

El lado ameno de esto, es que el amor no era exclusivo de una pareja heterosexual, se reconocía entre personajes del mismo sexo. Aunque el caso del novio presuntamente homosexual raya en la tragicomedia, el segundo tiene mayor razón para ser visto como un triunfo, una peculiaridad y una situación sumamente alegre, pues no es fácil encontrar una revelación de amor lésbico de manera tan abierta en los textos de la época.

¿Y cómo convivían los niños? En la siguiente cita podremos apreciar la convivencia que podría existir entre ellos y las formas de molestar y casi torturar a otro infante – aunque en ese tiempo no existía el término *bullying*, es abuso y maltrato a todas luces-, descriptivas por parte de Frías, quien busca darle un matiz divertido, pero a más de uno le pueden parecer crueles. El autor lo rememora como parte de sus mejores años:

La Máscara de Piedra.

Ha pasado el carnaval. Después del confeti, la ceniza ¿me perdonaréis que os relate la historia vulgar de una pobre “mascarita” que no sonrió jamás, tal vez porque nunca le miraron desde el abismo de un efímero antifaz de seda algunos ojos tropicales? Desde la escuela llamábamos a Teodoro “La Mascarita”, por su faz imparable y extraordinaria. Un ser humano que nunca ha reído, que jamás ha llorado, aparece, en verdad, extraordinario. Y más desconcierta aún, si aquel es un niño [...] Y lo atormentábamos inquisidores de diez años de edad, pinchándolo con alfileres, quemándolo con cerillos, echándole “en el seno” hormigas bravas, tirándole de los cabellos, en la nuca o en las sienas [...] ¡En vano: aquel niño no

---

<sup>164</sup>*Ibid.*, pp. 159-162

lloraba! [...] Lanzaba alaridos, aullaba, gemía: pero ni una lágrima humedecía sus ojos sombríos, sus tristes ojos [...]<sup>165</sup>

Al menos podemos decir a los estudiosos del abuso infantil en las escuelas, que este fenómeno no es novedoso y hay pruebas históricas de ello, y de que había una gran creatividad en los castigos y las burlas de la mayoría infantil.

A través de este apartado hemos podido dar así unos vistazos al desenvolvimiento de la sociedad de la época; no obstante, aún queda mucho material para seguir investigando este rubro en futuros trabajos.

### **3.2 Un pequeño vistazo al entorno urbano.**

Frías fue un hombre que residió en la Ciudad de México, que la recorrió, sintió y describió, por eso sus relatos nos muestran constantemente calles de la metrópoli. Muchas han cambiado de nombre, pero su aporte para que podamos saber cómo era vivir en ella queda atestiguado en la mayoría de sus obras, empezando por la ya citada *Los Piratas del Boulevard*, que muestra no sólo las calles sino los distintos personajes que la habitaban, de una manera algo sarcástica y cruel por momentos.

La situación que vivieron muchas monjas después del cierre de conventos la refleja en un relato informativo, en el cual se puede apreciar cómo pudo sobrevivir una expulsada:

Una áspera vieja fue la maestra de esas lindas pasteleritas famosas en la avenida de San Francisco. Dominaba en el pueblecillo de San Juanico cual una reina despótica, indiscutible [...] Aquel rostro de vieja regañona, se permitía el lujo de increpar al sub prefecto de San Juanico y de corregir los sermones del cura, era, no obstante, la gloria más legítima y más justamente envidiada de la localidad. ¿Y cómo no si tenía el monopolio de una profunda ciencia, que ciencia era entonces y de lo más selecto? ¿No había de ser ciencia el prodigioso cúmulo de recetas para hacer todo género de dulces, bizcochos y pasteles que poseía la bienaventurada doña Merceditas? ¿No había de ser ciencia, aquello, cuando aunque otras se apoderasen –por medio de malas artes – de las tales recetas, al poner en ejecución las bellas teorías resultaba que “conservas”, “jamoncillos”, “guayabatos” o lo que fuese, no contenían jamás, ni siquiera la comparación con lo que doña Merceditas preparaba? [...] Pero el dinero todo lo vende; un empresario francés le envió a algunas muchachas para que les diera clases de

---

<sup>165</sup>*Ibid.*, pp. 308-309

repostería, y he aquí por qué esas lindas pasteleritas del boulevard resultaron tan aptas.<sup>166</sup>

Las características de la vida de Frías lo llevaron a ofrecernos variadas referencias de los edificios en la Ciudad, de los que existen algunos hasta el día de hoy:

El espectáculo aterrador del Hospital Juárez y de la Cárcel de Belem, a la que volvía por tercera vez y donde encontró antiguos camaradas que extinguían largas condenas, los casos humanos que ahí pudo observar y relaciones con los ya vistos y observados en la misma cárcel y en la prisión de Santiago Tlatelolco, en el Hospital Militar y en los cuarteles [...]<sup>167</sup>

Por su parte, él solía residir en la que hoy sería la zona de Tacuba, donde se casó<sup>168</sup> viviendo esos años en el barrio de Popotla<sup>169</sup>, que en ese entonces aún era un pequeño poblado en las periferias de la Ciudad. Si damos estos datos es para que se le pueda ubicar geográficamente y evaluar de sus testimonios urbanos.

¿Cómo podía nuestro autor estar en una cantina ya rehabilitado? Es algo que podría parecer extraño, después de leer las dificultades que tuvo para dejar de beber, pero en esta cita que mostramos a continuación, deja ver el ambiente que reinaba, lleno de vicios, tinta y muchos rumores. Tal parece que un alcohólico como él podía convivir allí con todos estos colegas sin caer en el vicio de nuevo:

Miguel comprendió que era preciso apoyarse en uno de aquellos ínfimos para saber qué puesto estaba amenazado y penetrar algo más a fondo en la urdimbre administrativa íntima, en

toma y daca de los empleos; bastóle para ello deslizar astutamente un elogio hacia cierto proyectado “brindis litúrgico” para obtener de su autor preciosas confesiones. Era éste un alcohólico neto, mordaz y jovial cuando bebido, que se pasaba la mañana anulado por la cruda cuando no salía a echarse un trago y a boca de botella en el W.C. [...] Conversó largamente con él en ruin cantinajo que de las 12 de la mañana a las 4 de la tarde bullía de escribientes, escapados por unos instantes de oficinas próximas en el correo, o del Palacio Nacional, para entonarse, inútiles ya para el trabajo si no tenían dentro su dosis de alcohol. A

---

<sup>166</sup> Frías. *Los Piratas...*, pp. 164-166

<sup>167</sup> Frías, *Miserias de México...*, p. 224

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 228

<sup>169</sup> *Ibid.*, p. 229

trueque del sarcasmo de antiguos camaradas que veían al abstigente en el mero fragor de popular tequilería [...]<sup>170</sup>

Las referencias a la ciudad de México podemos encontrarlas también en la obra de *El Último Duelo*, pues todo el drama se desarrolla en ella, dejando escenas del personaje principal caminando “[...] a largos pasos [...], enfilando la avenida Juárez, siempre con la cabeza descubierta, el sombrero en una mano, el pañuelo en la otra [...]”<sup>171</sup> Estas menciones no acaban aquí, pues el protagonista, en el momento de dirigirse a su duelo, nos enseña las distintas calles, avenidas y paisajes por los cuales pasaba:

Contemplaba, tras el cristal de la portezuela del carruaje – que rodaba por entre el fango de la calzada de San Antonio Abad – a su izquierda, el horizonte plomo, todo el oriente del Valle de México, envuelto en inmenso velo de nubes y de agua. Caía una lluvia fina y lenta, a veces avivada por ráfagas que soplaban del norte. Pero a la derecha, tras les dentadas líneas oscuras de lejanas arboledas, el poniente resplandecía en plena gloria vespertina; y, a trechos, las crestas del Monte de las Cruces se perfilaban en el raso de un cielo azul lácteo y luminoso que empezaba a dorarse delicadamente ante el sol próximo a tramontar la sierra, semioculto entre ligeros nimbus. [...] Hoscos, en cenicientas lejanías, entenebrecidos, ahogados en la nublazón y el agua, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, al este; apenas visible entre nubarrones grises y negros, y el Ajusco, al sur -rumbo a donde trotaba el tiro del coche - ; la ciudad, confusa, mitad bajo la lluvia, mitad bajo el Sol, hacia atrás; y en el ocaso, el esplendor de un naciente crepúsculo magnífico. <sup>172</sup>

La descripción del Valle de México es buena, pero podemos aprender también del entorno limpio que había, así como la lejanía de algunas zonas que hoy son parte de la metrópoli, mostrando lo pequeña que era. No obstante, el relato panorámico no acaba ahí, ya que sigue hacia lo que podríamos llamar “el campo de la ciudad”:

Penetró una húmeda ráfaga perfumada con aromas de magnolia, rosas frescas, jazmín y durazno, una ráfaga que debió haber pasado a través de las próximas huertas de Coyoacán. Habían dejado el viejo convento de Churubusco a su derecha, y se encontraban en un sinuoso camino sobre el que afluían rectas veredas fangosas bordadas de álamos blancos y sauces llorones [...] <sup>173</sup>

---

<sup>170</sup> *Ibid.*, pp. 253-254

<sup>171</sup> Frías, *El último...*, p. 58

<sup>172</sup> *Ibid.*, pp. 189-190

<sup>173</sup> *Ibid.*, p. 191

Es reveladora la imagen campestre de lo que hoy en día conocemos como Churubusco. Sus avenidas y su ambiente rural se muestran retratados en este pequeño párrafo, cuestión que nos hace apreciar el valor de Frías para recrear parte de la historia de la Ciudad de México.

Por otro lado, como Frías vivió unos años en Mazatlán, donde escribió y ambientó su novela *El Triunfo de Sancho Panza*, también nos brinda diversas estampas de lo que fue el puerto durante su estancia así como algunas descripciones un tanto crudas, como la de la prostitución que hemos citado anteriormente.<sup>174</sup> En seguida revela el malecón y su entorno, así como a algunas personas que vivían ahí:

El malecón extendía a su luz el largo andén de cemento que se dilataba hacia el norte hasta las primeras rompientes del Paseo Claussen, y en cuyo tramo final alinéabanse largas bancas ocupadas por los paseantes. Bullían ahí los trajes claros de las damas y los blancos de los caballeros, oíanse armoniosas palabras y risas femeninas, y al crudo fulgor eléctrico, albeaban sedas, gasas y encajes, y palpitaban abanicos, en tanto que del templete que en cuerpo saliente clavaba sus puntuales sobre piedra y arena, bajo el agua crispada, brotaba el alborozo musical de una danza ejecutada por la banda militar del 11° batallón. Tras el andén, sobre el empedrado rodaba lentamente o se estacionaban al borde algunas toscas carretelas abiertas, ostentando grupos juveniles y carruajillos ocupados por una o dos personas.<sup>175</sup>

Las descripciones que hace el autor no paran aquí, sino que además de servirle de telón de fondo para su relato, nos llevan a esta zona costeña que muy pocos tenemos la fortuna de conocer – y en la época, no podemos decir que fuera tan conocida- . Afortunadamente, Frías nos muestra otro lado amable del puerto, en un día de convivencia:

Terraza de la cervecería, en Mazatlán, un domingo por la tarde. Bajo la sombra de frescos huamúchiles y tamarindos, entre zacatones, colomos y platanillos en flor, alinéanse innumerables mesas flanqueadas por verdes bancas rústicas, que se animan cual ramilletes enormes, con los trajes blancos de los hombres, y con las rosas, listones, blusas, abanicos y faldas claras de las mujeres. En el centro, bajo un cobertizo revestido por cortinajes de floridas bugambilias, agrúpase la orquesta. En primer término, la verja de madera que ciñe la explanada mirando al agua; la derecha parece avanzar en plataforma saliente, desde cuyas mesillas

---

<sup>174</sup>Vid. *Supra*, nota 119

<sup>175</sup> Frías, *El Triunfo...*, pp. 52-53

dominase la Playa Sur, y más allá el inmenso panorama de los esteros: las islas, las palmeras, los islotes, los peñascos. Y mucho más allá: Los cerros lejanos destacándose oscuros en la violeta del cielo, diluido en un fino pavón de oro. [...] <sup>176</sup>

La linda imagen de convivencia nos hace entender la razón profunda de sus descripciones, pues tenía entonces una aparente felicidad. Ésta se ve confirmada en la cita que pondremos a continuación, donde nos explica cómo se sintió al llegar a Mazatlán:

Y le embelesó el Paseo Claussen en la montaña cortada a tajo, magnífico, en plena majestad de agua y piedra, ceñido por el eterno encanto del Golfo, el trueno de las andanillas reventando contra los taludes, el duelo del oleaje tumultuoso y de la roca inmóvil, peñascales y espumas, el perenne hervidero solitario de los arrecifes, bajo el vuelo de los pelícanos (alcatraces), tijeretas y gaviotas que rayando el horizonte perdíanse en tenues brumas que solían apaciguar en florida perla o en violeta sutil o en ópalo dulce las crudas tintas del azul y el verde, cuando no se encendían las lontananzas marinas con el milagro de oro, sangre y rosa de divinos crepúsculos. <sup>177</sup>

Gracias a estas vivencias, Frías pudo escribir su novela *Triunfo de Sancho Panza*, dejando como legado bellas escenas de la vida cotidiana de Mazatlán. No obstante, falta aún mucho para poder concluir los estudios acerca del autor y sus textos. Esta tesina es un pequeño paso que permitirá seguir analizando su trabajo y entender más del México de finales del siglo XIX y principios del XX.

---

<sup>176</sup>*Ibid.*, pp. 61-62

<sup>177</sup>*Ibid.*, pp. 133-134

## Conclusiones

Como se ha mostrado en el presente trabajo, Heriberto Frías puede considerarse un importante cronista de su tiempo y de diversos temas tabú de la época como la drogadicción y el alcoholismo. Asimismo es relevante su testimonio y el estudio de éste, si lo comparamos con el de sus contemporáneos, como José López Portillo y Rojas – autor de *La Parcela* – y Federico Gamboa – autor de *Santa* -, quienes tienen un estilo mucho menos violento y crudo. De entrada, aunque Gamboa menciona el tema de la prostitución, no detalla problemáticas vinculadas a esta actividad, como lo que hoy llamamos la trata de blancas; en cambio, *La Parcela* resulta más bien un drama muy tradicional en México, con pocas situaciones que muestren un lado más hostil y por el contrario, pareciendo hasta una idealización de la vida rural en el país. Frías fue en cambio un testigo de estas desgracias, un cronista de la inmundicia y la desesperación que vivían muchos en el Porfiriato.

Al respecto de su vida como periodista contrario al régimen, podemos encontrar su faceta de reportero en sus textos de *Crónicas desde la Cárcel* y *Los Piratas del Boulevard*; asimismo, como afirma Adriana Sandoval en la introducción de *Triunfo de Sancho Panza*<sup>178</sup>, también incursionó en la autobiografía, aunque no firmara necesariamente con su nombre, en sus escritos era él todo el tiempo, su vida, sus adicciones, sus fracasos.

De esta manera, la obra narrativa aquí esbozada de Frías puede considerarse un legado histórico a pesar de no ser obras historiográficas tradicionales, ya que él buscó dejar todo documentado. Ya fuera como periodista, en su “autobiografía”, en su trabajo más literario, de una u otra manera dio cuenta de la realidad que le circundaba.

Frías nunca estuvo lejos de la polémica y, más de una vez, le tocó estar cerca de morir, tanto a manos del ejército después del incidente de Tomóchic, como más tarde por iniciativa y orden de Venustiano Carranza; pero ya fuera por su aporte literario, artístico, sus amigos o cualquier otra razón, siguió vivo.

---

<sup>178</sup> Adriana Sandoval, “Introducción”, en *El Triunfo de Sancho Panza...*, p. 11

Hay que señalar, además, que a excepción de *Tomóchic*, la mayor parte de su obra ha sido olvidada. ¿Hay más libros suyos por estudiar? Sin duda alguna. ¿*Águila o Sol?* es una novela que se descartó al ser la última que publicó el autor y que el tema autobiográfico no se quiso extender aún más de lo que ya estaba contemplado. *Leyendas Históricas Mexicanas* al igual que *Episodios Militares Mexicanos* fueron obviadas porque el autor se deja llevar por sus pasiones y no da un relato histórico. En tanto, hay otras obras que bien se pueden consultar en publicaciones periódicas, como *El Amor de las Sirenas*, prácticamente imposible conseguir en versión impresa, pero que relata otra etapa de la destrucción de Frías, aunque ahora se decidió dejar de lado para no saturar la investigación. También quedarán pendientes para otros trabajos ahondar más en su faceta de adicto, pues aquí sólo pudimos dar un esbozo de su problema, que fue tan grave que incluso llegó a componer un poema al ajenjo.

179

Para terminar, puedo afirmar que Heriberto Frías Alcocer fue un cronista de primera mano de su época, ya que pudo escribir gran parte de su acontecer y su entorno- Tuvo la fortuna y la desgracia de que su primera obra publicada fuera la única exitosa. Fue un hombre que siempre estuvo inmiscuido en la vida de México, ya con Madero, con el Congreso Revolucionario o como férreo opositor de Díaz, el cual nos ha legado todo un compendio de la vida en México, de su vida misma y de la realidad que imperaba lejos de la Paz, Orden y Progreso porfiristas.

Este trabajo ha pretendido llamar la atención hacia un escritor cuyo legado narrativo puede contribuir también al conocimiento del pasado nacional, tales como Emilio Rabasa y Martín Luis Guzmán, entre otros, así como rescatarlo de un olvido notorio pues, hasta este momento, no ha habido un trabajo de investigación arduo de su obra, se le ha descartado casi por completo de la historia nacional, y es sólo hasta momentos recientes que se le valora un poco. Así, en la *Nueva Historia General de México*, por fin se le menciona como parte importante de las letras del Porfiriato, así como opositor al régimen: “El más condenatorio fue Heriberto Frías al relatar los

---

<sup>179</sup> Heriberto Frías, “Los dos delirios” en María Emilia Chávez Lara, *Op. Cit.*, pp. 173-176

excesos en que incurrió el Ejército contra los alzados de Tomóchic o los cometidos por los duelistas [...]”<sup>180</sup>.

Desgraciadamente, de nueva cuenta, se ignora el resto de su obra y sólo se menciona el problema de Tomóchic y, de manera muy superficial, *El Último Duelo*, cuestión que deja en claro todo el trabajo pendiente para dar un justo lugar en la Historia de México a Frías.

---

<sup>180</sup> Sandra Kuntz y Elisa Speckman. *Op. Cit.*, p. 530

## Bibliografía

- Allera de Morris, María Elena. "Heriberto Frías". Tesis de Maestría en Letras. UNAM.1951.
- Arenas Ruiz, José de Jesús." Diez artículos sobre la literatura realista mexicana de Rubén M. Campos". Tesis de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas. UNAM. 2006
- Aub Max. *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*. México: Fondo de Cultura económica (FCE), 1985. 142 p. Lecturas Mexicanas 97.
- Azuela Mariano. *Cien años de Novela Mexicana*. México: Editorial Botas. 1947, 226 p.
- Barrientos, José Juan. *Ficción- Historia. La nueva novela histórica hispanoamericana*. México: UNAM- Difusión Cultural, 2001.
- Brown James W. *The Life and Works of Heriberto Frías*. Estados Unidos de América: University Microfilms International, 1979. 199 p.
- Chávez Lara, María Emilia. *La Canción del Hada Verde*. El ajenjo en la literatura mexicana. 1887- 1902. México: UNAM. 243 p. Colección Ida y regreso del Siglo XIX.
- Corral Elizabeth. *Noticias del Imperio y los nuevos caminos de la novela histórica*. Xalapa-Ver. : Universidad Veracruzana, 1997.
- Cosío Villegas Daniel (coordinador). *Historia Moderna de México*. 8v. 3ª edición México: Hermes, 1973.
- Centro de Estudios Históricos Colegio de México. *Historia general de México. Versión 2000*. México: El colegio de México. 2008. 1103 p.
- Del Campo Xorge. *La prostitución en México*. México: Editores Asociados.1974, 155 p.
- *Diccionario esencial de la Real Academia Española*. 2ª edición. España: 2001. Espasa.

- Franco Olea Rafael. *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México: El Colegio de México. Centro de estudios lingüísticos y literarios. 2001. 691 p. Serie literatura mexicana.
- Frías Heriberto. *¿Águila o Sol?* México: Imprenta- Franco Mexicana SA. 1923. 318 p.
- \_\_\_\_\_. Recopilación y nota introductoria: Antonio Saborit. 2° edición. *Crónicas desde la Cárcel*. México: Breve Fondo Editorial. 1997. 106 p.
- \_\_\_\_\_. *El Triunfo de Sancho Panza (Mazatlán) continuación de Tomóchic. Miserias de México*. Introducción Adriana Sandoval. México: Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes (CONACULTA), 2004. 335 p. Cuarta serie Lecturas Mexicanas.
- \_\_\_\_\_. *El último duelo*. México: Publicaciones y Bibliotecas Cultura SEP: Premia (19??) 195 p.
- \_\_\_\_\_. *Episodios militares mexicanos: Principales campañas, jornadas, batallas combates y actos heroicos que ilustran la historia del ejército nacional desde la independencia hasta el triunfo definitivo de la república*. México: Editorial Porrúa, 1987. 312 p. "Sepan Cuantos"
- \_\_\_\_\_. *Leyendas históricas Mexicanas y otros relatos*. Prólogo de Antonio Saborit. Quinta edición. México: Porrúa, 2002. 420 p. "Sepan cuantos..."
- \_\_\_\_\_. *Tomóchic*. Prólogo y notas de James W. Brown. 13ª edición. México: Porrúa, 2004, 208 p. "Sepan cuantos..."
- \_\_\_\_\_. *Los Piratas del Boulevard*. Prólogo de Fernando Curiel. México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 2009. 186 p. Summa Mexicana.
- García Gutiérrez, Georgina. *La escritura enjuiciada. Heriberto Frías*. México: FCE, Fundación de Letras Mexicanas, Instituto de Investigaciones Filológicas. UNAM. 2008
- Garner Paul. *Porfirio Díaz*. Traductor Luis Pérez Villanueva. México: 2010. Editorial Planeta. P. 241, 319 p.
- Huerta Ochoa, María Isabel. "Génesis de Tomóchic de Heriberto Frías". Tesis de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas .UNAM. 1988.

- Jiménez Ramírez, Liliana. “Amalia de José Mármol, y la novela histórica del siglo XIX en América Latina”. Tesis de Licenciatura en Estudios Latinoamericanos. UNAM.1998.
- Krauze Enrique. *Siglo de los caudillos. Biografía Política de México (1810-1910)*.México: Tusquets editores. 2009. P. 306, 347 p. Colección Maxi Tusquets.
- Kuntz Ficker Sandra, Speckman Guerra Elisa *et. al. Nueva Historia General de México*. México: El Colegio de México. 2010. 818 p.
- Lukács, Georg. *La novela histórica*. Traducción de Manuel Sacristán. España: Ediciones Grijalbo, 1976. 406 p.
- Madero, Francisco I. *La sucesión Presidencial de 1910*. Prólogo de Javier Garcíadiego. México: De Bolsillo, 2010. 380p.
- Miranda Lara Víctor Ramón. *Retrospectiva histórica del uso de las drogas en México*.P.36.  
<http://dgsa.uaeh.edu.mx/revistas/index.php/psicologia/article/view/154>  
(15 enero 2014)
- Menéndez Di Pardo Nadia. “Saber médico y alcoholismo en México, 1870-1910”. Tesis de maestría en Historia. UNAM, 2011
- Pons, María Cristina. *Memorias del Olvido: Del Paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*. México: Siglo XXI, 1996. 286 p.
- Prado Murguía, Emma. “El nacionalismo en la novela histórica mexicana del S. XIX”. Tesis de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas. UNAM 1986.
- Rabasa Emilio. 4° edición. *La Evolución Histórica de México*. México: Coordinación de Humanidades UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa. 1986. 361 p. Biblioteca Mexicana de escritos políticos.
- Rosete Márquez, Beatriz. “El Zarco: ¿novela histórica...?” Tesis de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas UNAM. 1996.
- Rubial Antonio “¿Historia literaria versus historia académica?” en Federico Navarrete, Álvaro Matute, et al. *El historiador frente a la Historia. Historia y Literatura*. México, UNAM, 2000. pp. 41 – 60.
- Saborit Antonio “Clusell antes de Clausell”, en *El Pintor en el Paisaje. Joaquín Clausell*. México: INBA, 2008. Pp.23-30, 93 p.

- \_\_\_\_\_ . *Los doblados de Tomóchic. Un episodio de historia y literatura*. 2ª edición. México: Cal y Arena, 2010. 428 p.
- Sagredo, Rafael. *María Villa (a) La Chiquita, no. 4002*. México: Cal y Arena. 1996. 227 p.
- Salmerón Pedro. “La Rebelión de Tomóchic. Chihuahua, 1892” en *Relatos e Historias en México*. Editorial Raíces. Año IV, Número 37, Septiembre 2011. P. 67-72.
- Sosenski Susana, del Río Norma, et. Al. *Espejos de la infancia: pasado y presente de los derechos de niñas, niños y adolescentes en México*. México: Red por los derechos de la infancia en México. 2001. 72 p
- Speckman, Elisa. *Crimen y castigo: legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de la justicia, Ciudad de México, 1872-1910*. México: El Colegio de México, UNAM. 357 p.
- \_\_\_\_\_ . *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V, V. 1: Siglo XX campo y ciudad*. Coordinador Aurelio de los Reyes. México: El Colegio de México, FCE. 2006. 465 p.
- Vargas Valdez Jesús. Tomóchic: *La revolución adelantada. Resistencia y lucha de un pueblo de Chihuahua contra el sistema porfirista. (1891-1892)*. V. I. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.1994. 302 p.
- Vital Alberto. *Un porfirista de siempre. Victoriano Salado Álvarez 1867-1931*. México, UNAM- Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2002.
- Viveros Ruiz, María Guadalupe. “Tomóchic de Heriberto Frías: historia de una masacre”. Tesis de Licenciatura en Historia. UNAM. 2003.